Antón P. Chéjov

Relato de un desconocido

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR GALLEGO BALLESTEROS

ALBA

Índice

Cubierta

Nota al texto

Relato de un desconocido

Notas

Biografía

Créditos

Alba

Relato de un desconocido

Anton P. Chéjov

Traducción y notas:
Víctor Gallego Ballestero

ALBA

Nota al texto

Relato de un desconocido (Raskaz neizvestnogo cheloveka) se publicó por primera vez entre febrero y marzo de 1893 en la revista *El Pensamiento Ruso* de Moscú.

I

Por razones que no vienen al caso explicar ahora con detalle, tuve que emplearme de criado en casa de un funcionario petersburgués de treinta y cinco años llamado Gueorgui Iványich Orlov.

Había entrado al servicio de ese Orlov para recabar informaciones sobre su padre, famoso hombre de Estado a quien consideraba un importante enemigo de mi causa. Consideraba que, al vivir en casa de su hijo, podría conocer en profundidad los planes e intenciones del padre, gracias a las conversaciones que escuchase y los papeles y notas que encontrase sobre la mesa.

Por lo común, a eso de las once de la mañana sonaba la campanilla eléctrica en mi cuarto, anunciándome que el señor se había despertado. Cuando entraba en su dormitorio, con el traje cepillado y las botas limpias, Gueorgui Iványich estaba sentado en la cama, sin moverse, no adormilado, sino más bien extenuado por el sueño, con la mirada fija en un punto, sin manifestar ninguna satisfacción por el hecho de haberse despertado. Lo ayudaba a vestirse y él se sometía de mala gana y en silencio a mis cuidados, como si no reparase en mi presencia; luego, con la cabeza mojada y oliendo a agua de colonia, se dirigía al comedor para desayunar. Se sentaba a la mesa, bebía el café y hojeaba el periódico, mientras la doncella Polia y yo nos quedábamos respetuosamente junto a la puerta y lo mirábamos. Dos adultos debían contemplar con la mayor atención cómo un tercero bebía una taza de café y mordisqueaba una tostada. Una situación probablemente ridícula y absurda, pero yo no consideraba humillante quedarme junto a la puerta, aunque era un hombre tan noble e instruido como Orlov.

Por aquel entonces estaba incubando la tuberculosis y quizá alguna

otra cosa todavía más grave. No sé si fue bajo la influencia de la enfermedad o de mi nueva concepción del mundo, de la que aún no era consciente, pero cada día que pasaba se apoderaba más de mí un ansia apasionada y vehemente de una vida normal y corriente. Deseaba sosiego espiritual, salud, aire puro, buena alimentación. Me estaba convirtiendo en un soñador y, como todos los soñadores, no sabía lo que de verdad necesitaba. Tan pronto me entraban ganas de recluirme en un monasterio y pasar jornadas enteras sentado delante del ventanuco, mirando los árboles y los campos, como me imaginaba que compraba cinco hectáreas de tierra y vivía como un hacendado, o me prometía a mí mismo que me dedicaría a la ciencia y me convertiría en catedrático de alguna universidad de provincias. Siendo teniente de la marina retirado, rememoraba el mar, nuestra escuadra y la corbeta en la que di la vuelta al mundo. Me apetecía probar una vez más ese sentimiento inefable que se experimenta cuando se pasea por una selva tropical o cuando se contempla la puesta de sol en el golfo de Bengala, embargado de entusiasmo y al mismo tiempo de nostalgia de la patria. Soñaba con montañas, con mujeres, con música, y lleno de curiosidad, como un niño, escrutaba los rostros y prestaba oídos a las voces. De ese modo, mientras esperaba junto a la puerta, contemplando cómo Orlov se tomaba el café, no me sentía como un criado, sino como un hombre a quien todo le interesa en el mundo, incluso aquel individuo.

Orlov tenía una fisonomía muy petersburguesa: hombros estrechos, cintura alta, sienes hundidas, ojos de color indefinido y pelo, barba y bigote ralos y descoloridos. Su rostro, acicalado, marchito y desagradable, resultaba especialmente repulsivo cuando se quedaba pensativo o dormía. No sé si viene al caso describir una fisonomía tan normal, cuando, además, San Petersburgo no es España y el aspecto de los hombres no reviste mayor importancia, ni siquiera en cuestiones amorosas; únicamente se exige buena presencia a los criados y los cocheros. Sólo he aludido al rostro y los cabellos de Orlov porque había un rasgo de su personalidad digno de mención: cuando cogía un periódico o un libro, cualquiera que fuese, o se encontraba con alguien, quienquiera que fuese, sus ojos empezaban a sonreír irónicamente y todo su rostro adquiría una expresión de burla sutil, exenta de malignidad. Antes de leer o escuchar algo, tenía ya preparada la ironía, como el salvaje el escudo. Era una ironía rancia, un viejo rasgo de carácter, y en los últimos tiempos afloraba en el rostro sin participación alguna de la voluntad, más bien como un reflejo. Pero ya nos ocuparemos de esa cuestión más adelante.

Poco después del mediodía Orlov cogía su cartera llena de papeles y, sin abandonar esa expresión irónica, se marchaba a la oficina. Comía fuera y regresaba después de las ocho. Yo encendía la lámpara

y las velas de su despacho y él se sentaba en el sillón, estiraba las piernas sobre una silla y, arrellanado de ese modo, se ponía a leer. Casi a diario traía libros nuevos, o se los enviaban de alguna tienda; hasta en los rincones de mi cuarto y debajo de la cama se acumulaban montones de libros en tres idiomas, sin contar el ruso, ya leídos y desechados. Leía a una velocidad extraordinaria. Hay un refrán que dice: «Dime lo que lees y te diré quién eres». Puede que sea cierto, pero era de todo punto imposible juzgar a Orlov por los libros que leía. A nada le hacía ascos: filosofía, novelas francesas, economía política, estudios financieros, poetas nuevos y las ediciones Posrednik[1]; y todo lo leía con idéntica presteza y esa expresión irónica en los ojos.

Después de las diez se arreglaba con esmero, se ponía por lo común un frac y muy rara vez su uniforme de gentilhombre de cámara, salía de casa y no regresaba hasta el amanecer.

Vivíamos en paz y buena armonía, sin que se produjera entre nosotros ningún malentendido. Por lo general, no se percataba de mi presencia y, cuando hablaba conmigo, su rostro no mostraba esa expresión irónica: era evidente que no me consideraba un ser humano.

Sólo una vez lo vi enfadado. Un día –sucedió una semana después de haber entrado a su servicio– regresó de un ágape a eso de las nueve; en su rostro había una expresión de fatiga y mal humor. Cuando lo seguí al despacho para encender las velas, me dijo:

–Las habitaciones apestan.

–Pues las he ventilado –repuse.

–Te digo que apestan –repitió enfadado.

–Abro las ventanas todos los días.

–¡No me contradigas, idiota! –gritó.

Ofendido, quise rebatirle, y Dios sabe cómo habría acabado todo aquello si Polia, que conocía al señor mejor que yo, no se hubiera entrometido.

–¡La verdad es que huele mal! –dijo, arqueando las cejas–. ¿Qué puede ser? Stepán, abre las ventanas de la sala de estar y enciende la chimenea.

Sin dejar de lanzar exclamaciones, fue recorriendo una tras otra todas las habitaciones, acompañada del frufrú de su falda y del silbido de un pulverizador. Orlov, por su parte, seguía de mal humor y era evidente que hacía esfuerzos para no estallar; por último, acabó sentándose y se puso a garrapatear una carta. Después de escribir unos renglones, soltó un bufido de rabia, rompió la carta y se puso a escribir otra.

–¡Que el diablo se los lleve! –farfulló–. ¡Quieren que tenga una memoria monstruosa! –finalmente, acabó la carta, se puso en pie y dijo, dirigiéndose a mí–: Ve a la calle Známenskaia y entrega esta

carta a Zinaída Fiódorovna Krasnóvskaia en propia mano. Pero antes pregúntale al portero si ha regresado su marido, es decir, el señor Krasnovski. Si ha vuelto, no entregues la carta y regresa aquí. ¡Espera! En caso de que ella te pregunte si hay alguien en mi casa, dile que desde las ocho me acompañan dos señores que están ocupados escribiendo unos papeles.

Fui a la calle Známenskaia. El portero me dijo que el señor Krasnovski aún no había regresado, así que subí a la tercera planta. Me abrió la puerta un criado alto, gordo y atezado, con patillas negras, que me preguntó qué quería con ese tono desganado, indolente y grosero que los criados se reservan para hablar con sus iguales. Antes de que tuviera tiempo de responder, una señora vestida de negro salió rauda al recibidor y me miró con los ojos entornados.

–¿Está en casa Zinaída Fiódorovna? –pregunté.

–Soy yo –dijo la señora.

–Traigo una carta de Gueorgui Iványich.

La mujer abrió la carta con impaciencia, la cogió con ambas manos y se puso a leerla, mostrándome sus anillos de brillantes. Observé su rostro blanco de líneas suaves, el mentón prominente y las largas pestañas oscuras. A juzgar por su aspecto, no tendría más de veinticinco años.

–Salúdelo y dele las gracias –dijo, cuando acabó la lectura–. ¿Hay alguien en casa de Gueorgui Iványich? –preguntó con voz dulce y expresión alegre, como si se avergonzara de su desconfianza.

–Dos señores que están escribiendo unos papeles –respondí yo.

–Salúdelo y dele las gracias –repitió y se retiró en silencio, inclinando a un lado la cabeza y leyendo de nuevo la carta.

En aquella época trataba a pocas mujeres y esa señora, a la que vi de manera tan fugaz, me impresionó. Mientras desandaba el camino, rememoraba su rostro, el olor de su delicado perfume, y me perdía en ensoñaciones. Cuando llegué, Orlov ya no estaba en casa.

II

Así pues, el señor y yo vivíamos en paz y buena armonía, aunque ese elemento impuro y ofensivo que tanto temía encontrar cuando inicié mi servicio de criado se ponía de manifiesto y se dejaba sentir a diario. Con Polia, en cambio, no me llevaba bien. Era una criatura bien nutrida y mimada, que adoraba a Orlov porque era el amo y me despreciaba a mí porque era el criado. Es posible que desde el punto de vista de un lacayo o un cocinero de verdad fuera una mujer fascinante: mejillas rubicundas, nariz respingona, ojos provocativos y formas generosas, rayanas ya en la gordura. Se empolvaba la cara, se pintaba las cejas y los labios, llevaba el corsé muy apretado y lucía miriñaque y una pulsera de monedas. Tenía unos andares menudos y saltarines, y, al desplazarse, movía los hombros y las caderas, o, como se dice, se contoneaba. El frufrú de sus enaguas, el crujido del corsé, el tintineo del brazalete y ese olor vulgar a lápiz de labios, esencias y perfumes robados al amo despertaban en mí, cuando recogíamos juntos las habitaciones por la mañana, la sensación de que estábamos cometiendo alguna abominación.

Ya fuera porque no participara en sus robos, porque no manifestara el menor deseo de convertirme en su amante, algo que probablemente la ofendía, o porque hubiera olfateado de algún modo mi verdadera condición, el caso es que me cogió manía desde el principio. Mi torpeza, mi aspecto nada lacayuno y mi enfermedad le parecían lamentables y despertaban en ella un sentimiento de asco. Los fuertes accesos de tos que sufría entonces le impedían dormir, ya que mi habitación y la suya sólo estaban separadas por un tabique de madera, y cada mañana me decía:

–Esta noche tampoco me has dejado pegar ojo. En lugar de vivir en

casa de un señor, deberías ingresar en un hospital.

Estaba tan profundamente convencida de que yo no era un ser humano, sino algo muy inferior a ella, que, como las matronas romanas, que no se avergonzaban de bañarse en presencia de sus esclavos, a veces no llevaba puesta más que la camisa cuando yo estaba delante.

Un día, durante la comida (cada día nos enviaban sopa y asado desde una taberna), estando de buen humor y con ánimo soñador, le pregunté:

–¿Cree usted en Dios, Polia?

–¡Cómo no!

–¿Es posible que crea usted –continué yo– en que vendrá el Juicio Final y en que tendremos que responder ante Dios de nuestras malas obras?

Por toda respuesta, hizo una mueca desdeñosa; en esa ocasión, cuando contemplé sus ojos fríos y saciados, comprendí que esa criatura, tan firme en sus juicios y convicciones, no tenía Dios, ni conciencia, ni leyes, y que, si me encontraba en la tesitura de matar, incendiar o robar, no podría encontrar mejor cómplice que ella, siempre que le pagara.

Como aquel ambiente me resultaba ajeno y, además, no estaba habituado al tuteo ni a mentir a cada momento (afirmar que el señor no estaba en casa cuando estaba), la primera semana que pasé al servicio de Orlov no me resultó nada fácil. Con el frac de lacayo me sentía como si llevara una armadura. Pero luego me habitué. Como un criado de verdad, servía la mesa, arreglaba las habitaciones e iba de aquí para allá, a pie o en coche, cumpliendo todo tipo de encargos. Cuando Orlov no tenía ganas de acudir a una cita con Zinaída Fiódorovna o se olvidaba de que había prometido aparecer por su casa, iba yo a la calle Známenskaia, le entregaba una carta en mano y mentía. En consecuencia, las expectativas que había albergado cuando entré a trabajar como criado no se habían cumplido ni de lejos: cada día de esa nueva vida era tiempo perdido para mí y para mi causa, porque Orlov no hablaba nunca de su padre, y mucho menos sus invitados, de suerte que mis únicas informaciones sobre las actividades del famoso hombre de Estado se reducían, como antes, a lo que pudiera leer en los periódicos y en las cartas que intercambiaba con mis compañeros. Los centenares de notas y papeles que leí en su despacho no tenían la menor relación con lo que buscaba. Orlov era totalmente indiferente a la relevante actividad de su padre; parecía como si nunca hubiera oído hablar de sus ocupaciones o su padre hubiera muerto hacía mucho.

III

Todos los jueves teníamos invitados.

Yo encargaba en el restaurante una pieza de rosbif y pedía por teléfono a la tienda de Eliséiev caviar, queso, ostras y otros manjares. Además, compraba barajas nuevas. Polia preparaba desde la mañana el servicio de té y la vajilla para la cena. A decir verdad, esa pequeña actividad añadía una nota de color a nuestra vida ociosa, convirtiendo el jueves en el día más interesante para nosotros.

Sólo acudían tres invitados. El más importante y quizá el más interesante era un señor llamado Pekarski, alto, enjuto, calvo, de unos cuarenta y cinco años, con larga nariz aguileña y poblada barba negra. Tenía ojos grandes y saltones, y la expresión de su rostro era grave y pensativa, como la de un filósofo griego. Trabajaba en la administración de los ferrocarriles y en un banco, era jurisconsulto de una importante institución estatal y tenía relaciones de negocios con cientos de particulares, ya en calidad de tutor, presidente de una comisión de acreedores, etc. Su rango no era muy elevado y él se definía modestamente como asesor legal, pero su influencia era enorme. Bastaba su tarjeta de visita o una nota suya para que a uno lo recibiera de inmediato, sin respetar los turnos, un médico eminente, el director del ferrocarril o un importante funcionario; se comentaba que con su protección podía conseguirse un puesto hasta de cuarta categoría o tapar cualquier asunto comprometedor. Se le consideraba muy inteligente, pero su ingenio era extraño y singular. En un momento era capaz de multiplicar mentalmente doscientos trece por trescientos setenta y tres o convertir libras esterlinas en marcos sin necesidad de lápiz y tablillas; era un experto en ferrocarriles, conocía al dedillo el mundo de las finanzas y todo lo concerniente a la

Administración carecía de secretos para él. Según se decía, era un habilísimo abogado en causas civiles, y no era nada fácil ganarle un pleito. Pero, a pesar de esa inteligencia extraordinaria, era incapaz de comprender muchas cosas accesibles hasta para un tonto. Por ejemplo, no conseguía entender de ninguna manera por qué algunas personas se aburrían, lloraban, se batían en duelo y llegaban incluso a matar; por qué se emocionaban por acontecimientos y situaciones que nos les concernían personalmente, o por qué se reían cuando leían a Gógol o Schedrín… Todo lo abstracto, todo lo que pertenecía a la esfera del pensamiento y el sentimiento, le resultaba tan incomprensible y tedioso como la música para quien no tiene oído. A las personas las juzgaba desde el punto de vista práctico y las dividía en capaces e incapaces. Para él no existían otras clasificaciones. La honradez y la decencia no eran más que muestras de capacidad. Podía uno irse de juerga, jugar a las cartas y llevar una vida disoluta, con tal de que eso no perjudicara los negocios. Creer en Dios no era inteligente, pero la religión debía preservarse, porque el pueblo necesita sin falta algún tipo de cortapisa; de otro modo no trabajaría. Los castigos sólo eran necesarios como medio de intimidación. No había motivo para pasar el verano en el campo, porque en la ciudad se estaba bien. Y todo por el mismo estilo. Era viudo y no tenía hijos, pero vivía a lo grande, como si tuviese familia, en un piso por el que pagaba tres mil rublos anuales de renta.

El segundo invitado, apellidado Kukushkin, uno de los consejeros de Estado más jóvenes, era de baja estatura y se distinguía por la impresión sumamente desagradable que causaba la desproporción entre su cuerpo gordo y fofo y su cara pequeña y enjuta. Sus labios tenían forma de corazón y su bigotito recortado parecía pegado con cola. Era un hombre con maneras de lagarto. En lugar de andar, parecía arrastrarse con pasos menudos, balanceándose y dejando escapar una risita socarrona; cuando sonreía enseñaba los dientes. Era un funcionario de casos especiales, asignado tan pronto a uno como a otro, que no hacía nada, a pesar de que recibía un buen sueldo, sobre todo en verano, cuando inventaban diversas misiones para él. Era un arribista no sólo hasta la médula de los huesos, sino hasta la última gota de su sangre, y además un arribista de baja estofa, poco seguro de sí mismo, que había hecho carrera gracias a pequeñas dádivas. Con tal de ganarse cualquier condecoración extranjera o ver su nombre en los periódicos, junto al de otras personas de alta alcurnia que habían participado en un funeral o en un servicio religioso, estaba dispuesto a someterse a cualquier humillación, a suplicar, adular, prometer. Por cobardía adulaba a Orlov y a Pekarski, pues los consideraba hombres poderosos; también nos adulaba a Polia y a mí, en calidad de criados de una persona influyente. Cada vez que lo ayudaba a quitarse la

pelliza, me preguntaba con una risita: «Stepán, ¿estás casado?», y a continuación soltaba una serie de vulgaridades escabrosas que debía tomarme como una señal de especial deferencia. Kukushkin alababa las flaquezas de Orlov, su depravación y su gula. Para ganarse su favor, se fingía sarcástico, burlón y descreído y criticaba en su presencia a personas ante las que se habría arrastrado como un perro en cualquier otro lugar. Cuando, durante la cena, hablaban de mujeres y del amor, se las daba de refinado y rebuscado libertino. En general, debe señalarse que a los vividores petersburgueses les gusta hablar de sus extraños gustos. Ciertos jóvenes consejeros de Estado[2] pueden mostrarse más que satisfechos con las caricias de su cocinera o de cualquier desdichada que se pasea por la avenida Nevski, pero, cuando les oye uno hablar, podría pensar que han contraído todos los vicios de Oriente y Occidente, son miembros honorarios de una decena de sociedades secretas poco recomendables y han sido fichados por la policía. Kukuhskin mentía sin el menor empacho sobre sus aventuras, y los otros no es que no le creyeran, pero no prestaban demasiada atención a sus embustes.

El tercer invitado, Gruzin, hijo de un respetable e instruido general, tenía la misma edad que Orlov, era rubio, llevaba el pelo largo y lucía unas gafas de oro, pues no veía bien de lejos. Me vienen a la memoria sus dedos largos y pálidos de pianista; en realidad, en toda su figura había algo de músico, de virtuoso. Los hombres de esa estampa suelen desempeñar el papel de primer violín en las orquestas. Tosía, padecía jaqueca, y en conjunto tenía un aire enfermizo y débil. Probablemente en su casa lo vestían y lo desvestían como si fuera un niño. Se había licenciado en Derecho y en un primer momento había trabajado en el departamento de Justicia, de donde pasó al Senado; después, valiéndose de influencias, había obtenido un puesto en el Ministerio de Bienes Estatales, al que no tardó en renunciar. Cuando lo conocí, trabajaba en el departamento de Orlov, donde era jefe de negociado, pero decía que en breve regresaría al departamento de Justicia. Mostraba una indiferencia total por sus tareas y no concedía la menor importancia a esa costumbre suya de ir saltando de un puesto a otro; cuando alguien, en su presencia, hablaba con seriedad de rangos, condecoraciones o salarios, sonreía benévolo y repetía el aforismo de Prutkov[3]: «Sólo en el servicio del Estado se conoce la verdad». Estaba casado con una mujer menuda, de cara arrugada, muy celosa, y tenía cinco niños escuálidos. Engañaba a su mujer y sólo sentía cariño por sus hijos cuando los tenía delante; en general, se mostraba bastante indiferente con la familia y hacía bromas a su costa. Vivían a crédito y, cuando se presentaba la menor oportunidad, Gruzin pedía dinero a diestro y siniestro, sin excluir siquiera a sus superiores y a los porteros. Era un hombre abúlico, perezoso hasta el extremo de sentir

un completo desinterés por su propia persona, que se dejaba arrastrar por la corriente sin saber adónde ni para qué. Iba a cualquier sitio que lo llevaran; si lo conducían a un garito, iba; si le ponían vino delante, se lo bebía, y, si no se lo ponían, no bebía nada; si los presentes injuriaban a sus mujeres, él injuriaba a la suya, asegurando que le había destrozado la vida, y cuando las alababan, él hacía lo propio y decía con sinceridad: «La quiero mucho, pobrecita». No tenía pelliza y llevaba siempre una manta de viaje que olía a habitación de niño. Cuando, durante la cena, sumido en sus pensamientos, hacía bolitas de pan y bebía gran cantidad de vino tinto, llegaba casi a convencerme, por extraño que pueda parecer, de que había algo en su interior, algo que probablemente él mismo intuía de un modo vago, pero que ese ajetreo continuo y la vulgaridad reinante le impedían comprender y valorar. A veces se sentaba al piano, tocaba dos o tres acordes y cantaba en voz baja *¿Qué me deparará este día?*[4], pero al instante, como asustado, se levantaba y se alejaba del piano.

Por lo general, los invitados llegaban a las diez. Jugaban a las cartas en el despacho de Orlov, mientras Polia y yo les servíamos el té. Sólo entonces apreciaba de verdad todas las alegrías del oficio de criado. Pasar cuatro o cinco horas de pie junto a la puerta, ocuparse de que no quedaran vasos vacíos, cambiar los ceniceros, acercarse corriendo a la mesa para recoger un trozo de tiza o una carta que hubiera caído al suelo y, sobre todo, esperar, prestando atención, sin atreverse a abrir la boca, a toser, a sonreír; les aseguro que es una tarea más dura que cualquier faena del campo. En mis tiempos de marino hacía guardias de cuatro horas en tempestuosas noches invernales, una tarea que considero mucho más liviana.

Jugaban a las cartas hasta las dos, a veces hasta las tres; luego, desperezándose, se dirigían al comedor para cenar o, como decía Orlov, para tomar un bocado. Durante la cena conversaban. El primer comentario solía hacerlo Orlov quien, con ojos risueños, se ponía a hablar de algún conocido, de un libro que acababa de leer, de un nombramiento o proyecto nuevo. El obsequioso Kukushkin le seguía la corriente e iniciaba lo que entonces me parecía una perorata repugnante. La ironía de Orlov y sus amigos no conocía límites, no respetaba nada ni a nadie. Si hablaban de religión, era con ironía; si hablaban de filosofía, del sentido y objeto de la vida, ironía también; si alguien planteaba alguna cuestión relativa al pueblo, ironía de nuevo. Hay en San Petersburgo una categoría especial de personas dadas a ridiculizar cualquier aspecto de la vida; ni siquiera pueden pasar por delante de un hombre hambriento o un suicida sin soltar alguna vulgaridad. No obstante, Orlov y sus amigos no bromeaban ni se burlaban, sino que hablaban con ironía. Decían que Dios no existe y que al morir el individuo desaparece del todo; los únicos inmortales

eran los miembros de la Academia Francesa[5]. El verdadero bien no existe ni puede existir, pues su plasmación dependería de la perfección humana, algo absurdo desde el punto de vista de la lógica. Rusia era un país tan aburrido y miserable como Persia. No podía depositarse ninguna esperanza en la clase intelectual; en opinión de Pekarski, se componía en su inmensa mayoría de gente inútil e incapaz. En cuanto al pueblo, no era más que una panda de vagos, borrachos, ladrones y degenerados. En Rusia no había ciencia, la literatura era desmañada, el comercio se basaba en el fraude: «Si no engañas, no vendes». Y todo por el estilo, y todo en tono de broma.

Por efecto del vino, al final de la cena se ponían alegres y se ocupaban de cuestiones más joviales. Se reían de la vida familiar de Gruzin, de las conquistas de Kukushkin o de las ocurrencias de Pekarski, en cuyo libro de gastos, por lo visto, había una página con el encabezamiento «Obras de beneficencia» y otra con «Necesidades fisiológicas». Comentaban que no había mujeres fieles ni esposas de quienes, con cierta habilidad, no pudiera recibirse una caricia sin salir de la sala, mientras el marido estaba en el despacho de al lado. Las adolescentes eran perversas y lo sabían ya todo. Orlov conservaba la carta de una colegiala de catorce años que, al volver del instituto, «enganchó a un oficialito en la avenida Nevski»; éste, por lo visto, se la llevó a su casa y no la dejó salir hasta última hora de la tarde, como la muchacha se apresuró a escribirle a una amiga, comunicándole al mismo tiempo su entusiasmo. Aseguraban que nunca había habido pureza de costumbres y que además no hacía ninguna falta, pues la humanidad, hasta ahora, se las había arreglado perfectamente sin ella. Los daños causados por la llamada lujuria se exageraban muchísimo. Vicios que contemplaba nuestro código penal no habían impedido a Diógenes ser filósofo y maestro. César y Cicerón habían sido unos disolutos y, al mismo tiempo, grandes hombres. El viejo Catón se casó con una jovencita y, sin embargo, no perdió su consideración de severo asceta y guardián de los principios morales.

A las tres o las cuatro los invitados se separaban o se marchaban todos juntos fuera de la ciudad o a la calle Ofitsérskaia, a casa de una tal Varvara Osípovna; yo entonces me retiraba a mi cuarto, pero el dolor de cabeza y la tos me impedían conciliar el sueño durante mucho tiempo.

IV

Unas tres semanas después de entrar al servicio de Orlov, un domingo por la mañana, si no recuerdo mal, alguien llamó al timbre. Eran casi las once y Orlov aún no se había despertado. Fui a abrir. Y cuál no sería mi sorpresa cuando vi en el rellano de la escalera a una dama cubierta con un velo.

–¿Se ha levantado Gueorgui Iványich? –preguntó.

Por la voz reconocí a Zinaída Fiódorovna, la mujer a quien yo llevaba cartas a la calle Známenskaia. No recuerdo si me faltó tiempo o reflejos para responderle, pues su aparición me había turbado. Por lo demás, no necesitaba para nada mi respuesta. En un instante pasó a mi lado, llenó el vestíbulo con la fragancia de su perfume, que aún recuerdo perfectamente, y se internó en las habitaciones, donde el rumor de sus pasos se apagó. Transcurrió al menos media hora sin que se oyera nada. Al cabo de ese tiempo sonó de nuevo el timbre. Esta vez era una muchacha emperifollada, por lo visto doncella en alguna casa rica, acompañada de nuestro portero, ambos jadeantes, cargados con dos maletas y una cesta de viaje.

–Es para Zinaída Fiódorovna –dijo la muchacha.

Y desapareció sin añadir nada más. Todo ese asunto, tan misterioso, suscitó en Polia, respetuosa con las travesuras de los señores, una sonrisa maliciosa, con la que venía a decir: «¡Así somos nosotros!», y siguió andando de puntillas. Al fin se oyeron pasos. Zinaída Fiódorovna entró veloz en el vestíbulo y, al verme junto a la puerta de mi cuarto, me dijo:

–Stepán, lleve la ropa a Gueorgui Iványich.

Cuando entré en el dormitorio de Orlov, con el traje y las botas, lo encontré sentado en la cama, con los pies apoyados en la piel de oso.

Toda su figura expresaba confusión. No me prestaba atención ni mostraba interés por mi opinión de lacayo; sin duda, se sentía confuso y turbado ante sí mismo, ante su «ojo interior». Después de vestirse y lavarse, se acicaló con peines y cepillos, sin apresurarse ni pronunciar palabra, como dándose tiempo para ponderar y evaluar la situación; incluso de espaldas se apreciaba su desconcierto y su contrariedad.

Tomaron juntos el café. Zinaída Fiódorovna llenó una taza para Orlov, otra para ella, puso los codos sobre la mesa y se echó a reír.

–Todavía no me lo creo –dijo–. Cuando, después de un largo viaje, llegas a un hotel, no acabas de creerte que ya no es necesario seguir viajando. Y qué agradable es respirar a pleno pulmón.

Con el aire de una niña que desea cometer una travesura, emitió un profundo suspiro y de nuevo se echó a reír.

–Perdóneme –dijo Orlov, señalando con un gesto de la cabeza el periódico–. Leer mientras tomo el café es un viejo hábito al que no soy capaz de renunciar. Pero sé hacer dos cosas a la vez: leer y escuchar.

–Lea, lea… Sus costumbres y su libertad no van a sufrir ningún menoscabo. Pero ¿por qué tiene un aspecto tan apenado? ¿Siempre está así por las mañanas o es sólo cosa de hoy? ¿Está usted descontento?

–Al contrario. Pero reconozco que me siento un tanto perplejo.

–¿Por qué? Ha tenido tiempo de prepararse para mi invasión. He estado amenazándolo un día tras otro.

–Sí, pero no esperaba que cumpliera su amenaza precisamente hoy.

–Tampoco yo, pero es mejor así. Es mejor, amigo mío. Cuando a uno le duele una muela, lo mejor es arrancarla y asunto concluido.

–Sí, desde luego.

–¡Ah, querido! –exclamó ella, entornando los ojos–. Bien está lo que bien acaba, pero cuánto he sufrido antes de que todo acabara bien. Que no lo engañe mi sonrisa: estoy contenta, me siento feliz, pero tengo más ganas de llorar que de reír. Ayer libré una auténtica batalla –prosiguió en francés–. Sólo Dios sabe lo duro que fue para mí. Pero me río porque no acabo de creérmelo. Estoy aquí con usted, tomando café, y es como si nada de esto fuera real, como si estuviera soñando.

Luego, siempre en francés, le contó cómo el día antes se había separado de su marido, y sus ojos tan pronto se llenaban de lágrimas como sonreían y miraban extasiados a Orlov. Le refirió que su marido sospechaba de ella desde hacía algún tiempo, pero evitaba las explicaciones; discutían muy a menudo, pero por lo general, en el momento de mayor tensión, el marido se callaba de repente y se retiraba a su despacho, para no acabar revelando sus propias sospechas, presa de un arrebato, y para evitar que ella misma confesara. Y Zinaída Fiódorovna se sentía culpable, insignificante, incapaz de dar un paso decidido y arriesgado; como consecuencia,

cada día odiaba más a su marido y estaba padeciendo no menos tormentos que en el infierno. Pero el día anterior, en medio de la discusión, cuando él gritó con voz llorosa: «¿Cuándo acabará todo esto, Dios mío?», y se retiró a su despacho, ella lo persiguió como un gato a un ratón, le impidió cerrar la puerta con llave y le gritó que lo odiaba con toda su alma. Entonces él la había dejado entrar en el despacho y ella se lo había contado todo, le había confesado que estaba enamorada de otro, que ese otro era su verdadero y legítimo marido y que consideraba un deber de conciencia trasladarse a su casa ese mismo día, sin reparar en nada, aunque le disparase con un cañón.

–Late en usted con fuerza una vena romántica –la interrumpió Orlov, sin apartar los ojos del periódico.

Ella rompió a reír y prosiguió su relato, sin tocar el café. Reparó en que le ardían las mejillas y, algo turbada por ese detalle, nos miró confusa a Polia y a mí. Por lo que contó a continuación me enteré de que el marido había respondido con reproches y amenazas; por último, se había echado a llorar, de suerte que sería más exacto decir que había sido él, no ella, quien había librado una batalla.

–Sí, amor mío, mientras mis nervios estaban en tensión, todo fue bien –continuó–, pero, en cuanto cayó la noche, me sentí abatida. Usted no cree en Dios, Georges, pero yo tengo algo de fe y temo su castigo. Dios exige de nosotros paciencia, magnanimidad, sacrificio, y yo me negada a tener paciencia y quería organizar la vida a mi modo. ¿Acaso está eso bien? ¿Y si eso no es grato a los ojos de Dios? A las dos de la madrugada mi marido entró en el dormitorio y me dijo: «No se atreverá usted a abandonarme. La traeré de vuelta escoltada por la policía. Armaré un escándalo». Al cabo de un rato vi que estaba de nuevo en la puerta como una sombra. «Tenga compasión de mí. Su marcha podría perjudicar mi carrera.» Esas palabras me causaron una inmensa impresión; era como si me hubieran cubierto de herrumbre, pensaba, como si ya hubiera empezado el castigo; me estremecí de terror y me eché a llorar. Tenía la impresión de que se me iba a caer el mundo encima, de que iban a llevarme en ese mismo instante a la comisaría, de que usted dejaría de quererme y Dios sabe cuántas cosas más. Me iré a un monasterio o me haré enfermera, pensaba, renunciaré a la felicidad, pero en ese momento me acordaba de que usted me amaba y consideraba que no tenía derecho a tomar decisiones sin su conocimiento; luego todo empezó a confundirse en mi cabeza, me sentí desesperada, y ya no sabía qué pensar ni qué hacer. No obstante, cuando salió el sol, recuperé la alegría. Esperé que llegara la mañana y me vine directamente aquí. ¡Ah, cuánto he sufrido, amor mío! Llevo dos noches seguidas sin pegar ojo.

Estaba fatigada y alterada. Tenía ganas de dormir y al mismo tiempo de hablar, reír, llorar; quería ir a desayunar a un restaurante

para sentirse libre.

–Tu piso es acogedor, pero temo que para los dos resulte pequeño –dijo, después de tomar el café, haciendo un rápido recorrido por las habitaciones–. ¿Qué habitación me cedes? Me gusta ésta, porque está al lado de tu despacho.

Después de la una se cambió de ropa en la habitación contigua al despacho, que empezó a llamar suya a partir de ese momento, y se marchó con Orlov a desayunar. Comieron también en un restaurante, y en el largo intervalo entre el desayuno y el almuerzo fueron de tiendas. Hasta última hora de la tarde estuve abriendo la puerta a recaderos y mandaderos de los comercios y recogiendo de sus manos las distintas adquisiciones. Entre otras cosas, trajeron un maravilloso tremó, un tocador, una cama y un lujoso servicio de té, que no nos hacía ninguna falta, así como una batería entera de cacerolas de cobre, que colocamos en fila en un estante de nuestra cocina fría y vacía. Mientras desempaquetábamos el servicio de té, a Polia se le encendieron los ojos y me miró dos o tres veces con odio y temor: ¿no me adelantaría a ella a la hora de robar una de esas delicadas tazas? Trajeron un escritorio de mujer, carísimo e incómodo. Era evidente que Zinaída Fiódorovna tenía intención de quedarse con nosotros de manera permanente, desempeñando el papel de señora de la casa.

Regresaron los dos a eso de las diez. Sintiéndose orgullosísima de ese acto extraordinario y valeroso, apasionadamente enamorada y, según creía ella, apasionadamente amada, lánguida, saboreando por anticipado una noche de sueño profundo y feliz, Zinaída Fiódorovna se sentía embriagada por esa nueva vida. Rebosante de felicidad, se frotaba con fuerza las manos, aseguraba que todo era maravilloso y juraba que amaría a Orlov eternamente; esos juramentos y el convencimiento ingenuo, casi infantil, de que también a ella la amaban profundamente y la amarían siempre, la rejuvenecían cinco o seis años. Se complacía diciendo simpáticas tonterías y se reía de sí misma.

–¡No hay bien más preciado que la libertad! –exclamaba, obligándose a pronunciar algún comentario serio e importante–. Si lo piensa uno un poco, es algo bastante absurdo. No concedemos ningún valor a nuestra propia opinión, aunque sea atinada, y en cambio temblamos ante la opinión de cualquier idiota. Hasta el último momento he tenido miedo de la opinión ajena, pero en cuanto he prestado oídos a mi propia voz y he decidido vivir a mi manera, se me han abierto los ojos, he superado mis estúpidos temores y ahora me siento feliz y deseo a todo el mundo la misma felicidad.

Pero en ese momento el curso de sus pensamientos se interrumpió y se puso a hablar de trasladarse a otro piso, de empapelar las paredes, de comprar unos caballos, de hacer un viaje a Suiza e Italia. En cuanto

a Orlov, estaba extenuado de ese recorrido por tiendas y restaurantes y seguía haciendo gala de la misma confusión que yo había notado por la mañana. Sonreía, pero más por cortesía que por satisfacción, y cuando ella pronunciaba una frase seria, mostraba su aquiescencia con ironía: «¡Ah, sí!».

–Stepán, encuentre cuanto antes un buen cocinero –me dijo Zinaída Fiódorovna.

–El asunto de la cocina no corre prisa –comentó Orlov, mirándome con frialdad–. Primero hay que mudarse a otro piso.

Orlov nunca había tenido personal de cocina ni caballos porque, como decía él, no le gustaba «meter suciedad en casa»; a Polia y a mí nos soportaba sólo por necesidad. El llamado «hogar familiar», con sus alegrías y sus discusiones cotidianas, ofendía su buen gusto y se le antojaba una vulgaridad. No podía ni pensar en una mujer embarazada, en tener hijos: hasta hablar de esas cosas le parecía de mal tono, una chabacanería. Yo sentía una enorme curiosidad por ver cómo iban a arreglárselas esas dos criaturas bajo el mismo techo: ella, hogareña y hacendosa, con sus cacerolas de cobre y su ambición de tener un buen cocinero y caballos, y él, que solía decir a sus amigos que en casa de un hombre probo y ordenado, como en un navío de guerra, no debía haber nada superfluo: ni mujeres, ni niños, ni trapos, ni baterías de cocina…

V

Paso a relatarles ahora lo que sucedió el jueves siguiente. Ese día, Orlov y Zinaída Fiódorovna comieron en Conten o Donon[6]. Orlov volvió solo a casa; en cuanto a Zinaída Fiódorovna, según me enteré después, se fue a ver a su antigua institutriz, a Petersbúrskaia Storoná, para pasar allí el tiempo que se quedaran los invitados, pues Orlov no quería presentársela a sus amigos. Yo me di cuenta de todo eso a la mañana siguiente, durante el desayuno, cuando él afirmó que para tranquilidad de ella era indispensable suprimir las reuniones de los jueves.

Los invitados, como de costumbre, llegaron casi al mismo tiempo.

–¿Está la señora en casa? –me preguntó Kukushkin en un susurro.

–No señor –respondí yo.

Entró sonriendo misteriosamente, con una mirada maliciosa y zalamera, y frotándose las manos heladas.

–Tengo el honor de felicitarle –le dijo a Orlov, temblando de pies a cabeza, sacudido por una risa aduladora y servil–. Le deseo que crezcan y se multipliquen como los cedros del Líbano.

Los invitados se dirigieron al dormitorio e hicieron algunas bromas sobre unas zapatillas de mujer, la alfombra que había entre las dos camas y una blusa gris que colgaba en uno de los cabeceros. Les hacía gracia que aquel tipo tan testarudo, que despreciaba los aspectos más triviales del amor, hubiera caído de pronto en las redes femeninas de un modo tan simple y banal.

–Acabamos siendo esclavos de lo que nos burlamos –repitió varias veces Kukushkin que, por lo demás, tenía la desagradable costumbre de presumir citando textos en eslavo eclesiástico–. ¡Silencio! –susurró, llevándose un dedo a los labios cuando pasaron del dormitorio a la

habitación contigua al despacho–. ¡Tsss! Aquí Margarita sueña con su Fausto.

Y se desternilló de risa, como si hubiera dicho algo de lo más divertido. Eché un vistazo a Gruzin, esperando que su alma musical no soportara esa risa, pero me equivoqué. Su rostro bondadoso y enjuto resplandecía de satisfacción. Cuando se sentaron a jugar a las cartas, tartajeando y partiéndose de risa, dijo que lo único que le faltaba a George para completar su felicidad familiar era comprarse una pipa de cerezo y una guitarra. Pekarski también se reía de lo lindo, pero en su expresión concentrada se veía que la nueva aventura amorosa de Orlov no le hacía la menor gracia. No comprendía lo que en verdad había sucedido.

–¿Y qué pasa con el marido? –preguntó perplejo, al finalizar la tercera partida.

–No lo sé –respondió Orlov.

Pekarski se acarició la espesa barba con los dedos, se quedó pensativo y no volvió a abrir la boca hasta la hora de la cena. Cuando se sentaron a la mesa, dijo lentamente, alargando cada palabra:

–Perdona que te lo diga, pero no os entiendo a ninguno de los dos. Podéis enamoraros el uno del otro y quebrar el séptimo mandamiento cuanto queráis, eso lo entiendo. Sí, eso lo entiendo. Pero ¿por qué dar cuenta al marido de vuestros secretos? ¿Acaso era necesario?

–¿Es que no da lo mismo?

–Hum… –se puso a pensar Pekarski–. Oye lo que voy a decirte, mi querido amigo –prosiguió con visible esfuerzo mental–. Si alguna vez volviera a casarme y a ti se te ocurriera ponerme los cuernos, preferiría no enterarme. Es mucho más honrado engañar a una persona que arruinar su régimen de vida y su reputación. Os entiendo. Creéis que viviendo juntos abiertamente actuáis de la manera más noble y liberal, pero no puedo mostrarme de acuerdo con ese (¿cómo llamarlo?) con ese romanticismo –Orlov no respondió. Estaba de mal humor y no tenía ganas de hablar. Pekarski, que seguía sin comprender, tamborileó con los dedos en la mesa, se quedó meditabundo y al cabo comentó–: En cualquier caso, no os entiendo. Tú no eres un estudiante ni ella una modistilla. Ambos tenéis medios. Creo que podías haberle puesto un piso.

–No, no podía. Lee a Turguénev.

–¿Para qué? Ya lo he leído.

–Turguénev nos enseña en sus obras que cualquier muchacha de buena posición y nobles pensamientos debe seguir al hombre amado al fin del mundo y consagrarse a su causa –dijo Orlov, entornando los ojos irónicamente–. Lo del fin del mundo es una *licentia poëtica;* en el apartamento del hombre amado cabe de sobra el mundo entero, con todos sus fines. Por tanto, no vivir en el mismo piso con la mujer que

te ama significa negarle su elevada misión y no compartir sus ideales. Sí, mi querido amigo, Turguénev lo escribió y ahora me toca a mí sufrir las consecuencias.

–No entiendo qué tiene que ver Turguénev con todo esto –dijo Gruzin en voz baja, encogiéndose de hombros–. Recuerde usted, Georges, ese pasaje de *Tres encuentros* en que, yendo él a última hora de la tarde por algún lugar de Italia, oye de pronto: *Vieni pensando a me secretamente!*[7] –y Gruzin se puso a cantar–. ¡Qué bonito!

–Porque ella no se ha venido aquí a la fuerza –dijo Pekarski–. Has sido tú quien lo ha querido.

–Pero ¡qué dices! No sólo no quería, sino que ni siquiera se me pasaba por la cabeza que pudiera suceder alguna vez. Cuando me decía que se iba a venir a vivir conmigo, me lo tomaba como una simpática broma –todos se echaron a reír–. No podía quererlo –prosiguió Orlov, con el tono de quien se ve obligado a justificarse–. Yo no soy un personaje de Turguénev y, si un día me viese en la tesitura de liberar Bulgaria, no necesitaría la compañía de una señora[8]. Considero el amor ante todo una necesidad de mi organismo, una necesidad baja y contraria a mi espíritu. Hay que satisfacer esa exigencia de un modo razonable o renunciar a ella del todo; de otro modo, introduce en tu vida elementos tan impuros como el propio amor. Para que sea un placer y no un tormento, me esfuerzo por embellecerlo y rodearlo de toda clase de ilusiones. No voy nunca a ver a una mujer si antes no me he asegurado de que es hermosa y fascinante, y no voy si mi estado de ánimo no es el apropiado. Sólo en tales condiciones conseguimos engañarnos el uno al otro y nos figuramos que nos amamos y somos felices. Pero ¿qué placer puedo encontrar en unas cacerolas de cobre y en unos cabellos despeinados o en dejar que me vea cuando aún no me he lavado y no estoy de buen humor? Zinaída Fiódorovna, llevada de la ingenuidad de su corazón, quiere que aprecie lo que he desdeñado durante toda mi vida. Quiere que mi vivienda huela a cocina y a fregonas; desea que nos mudemos de piso cuanto antes, pasearse en su propio carruaje, contar mi ropa interior, preocuparse de mi salud; necesita entrometerse en mi vida privada a cada momento y seguir cada uno de mis pasos, y al mismo tiempo me asegura con total sinceridad que ni mis costumbres ni mi libertad sufrirán el menor menoscabo. Está convencida de que partiremos de viaje lo más pronto posible, como dos recién casados; es decir, quiere encontrarse permanentemente a mi lado en trenes y habitaciones de hotel, pero, cuando yo viajo, lo que me gusta es leer, y no puedo soportar las conversaciones.

–Pues trata de explicárselo –dijo Pekarski.

–¿Cómo? ¿Crees que iba a entenderme? Nuestras formas de pensar son diametralmente opuestas. Para ella, abandonar a su papá y a su

mamá o a su marido para unirse al hombre amado es la cima del valor cívico, mientras a mí se me antoja una chiquillada. Cree que enamorarse de un hombre y unirse a él representa el comienzo de una nueva vida, mientras que para mí no significa nada. El amor y el hombre amado constituyen la esencia de su vida, y quizá en ese sentido se deje llevar por la filosofía del subconsciente. Intenta convencerla de que el amor no es más que una simple necesidad, como la comida y la ropa, de que el mundo no va a venirse abajo porque a uno le caiga en suerte un mal marido o una mala esposa, de que un libertino y un seductor puede ser al mismo tiempo un hombre noble y genial y que, por el contrario, uno puede renunciar al goce del amor y ser al mismo tiempo una bestia estúpida y malvada. El hombre culto de nuestros días, aunque sea de baja extracción, por ejemplo, un obrero francés, gasta diez *sous* diarios en comer, cinco en vino para acompañar la comida y de cinco a diez en una mujer, mientras dedica su inteligencia y sus energías por entero al trabajo. Zinaída Fiódorovna, por su parte, no son *sous* lo que dedica al amor, sino su alma entera. Si tratara de explicarle mi punto de vista, me respondería con un chillido y me diría con la mayor sinceridad que le he destrozado la vida y que no le queda nada en el mundo.

–No le digas nada –comentó Pekarski–. Simplemente alquila otro piso para ella. Así de sencillo.

–Es muy fácil decirlo…

Se produjo un silencio.

–En cualquier caso, es simpática y encantadora –dijo Kukushkin–. Las mujeres como ella se imaginan que el amor es eterno y se entregan con pasión.

–Pero hay que tener la cabeza sobre los hombros –repuso Orlov–, hay que razonar. Todos los casos que conocemos de la vida diaria, así como los que han quedado grabados en las tablas de innumerables novelas y dramas, confirman unánimemente que, en el caso de personas de buena posición, cualquier relación adúltera o cohabitación no dura más de dos o, como mucho, tres años, por mucho amor que hubiera en un principio. Ella debe saberlo. Por esa razón, ese proyecto de mudanza, esas cacerolas y esas esperanzas de amor eterno y concordia no son más que un intento de engañarme y engañarse a sí misma. Es simpática y encantadora, ¿quién lo discute? Pero ha puesto mi vida patas arriba. Me ha obligado a elevar a la categoría de cuestiones serias lo que hasta ahora he considerado un absurdo y una bobada; estoy sirviendo a un ídolo que nunca he considerado un dios. Es simpática y encantadora pero, vaya usted a saber por qué, cuando vuelvo de la oficina siento un peso en el alma, como si en casa fuera a encontrarme algún espectáculo desagradable, como, por ejemplo, una cuadrilla de fumistas que han desmontado

todas las estufas y han dejado montones de ladrillos por todas partes. En definitiva, no estoy pagando el amor con *sous*, sino con una parte de mi sosiego y de mis nervios. Y eso es espantoso.

–¡Y ella no escucha a este canalla! –suspiró Kukushkin–. Mi querido señor –añadió con gran teatralidad–, lo liberaré de la dura tarea de amar a esa encantadora criatura. ¡Le arrebataré a Zinaída Fiódorovna!

–Como quiera… –dijo Orlov con indiferencia.

Kukushkin emitió una risita aguda, tembló de pies a cabeza y al cabo de medio minuto dijo:

–¡Mire que no bromeo! ¡Luego no me venga usted haciendo el papel de Otelo!

Todos se pusieron a hablar de la infatigable energía de Kukushkin en asuntos amorosos, de la fascinación que ejercía sobre las mujeres y el peligro que representaba para los maridos, y de cómo en el otro mundo los diablos lo quemarían sobre carbones por su vida disoluta. Él guardaba silencio, entornaba los ojos y, cuando nombraban a alguna dama conocida, amenazaba con el meñique: no estaba bien revelar secretos ajenos. De pronto, Orlov miró el reloj.

Los invitados comprendieron y se dispusieron a marcharse. Recuerdo que Gruzin, que estaba algo achispado, tardó muchísimo en ponerse el abrigo, una especie de capote como los que llevan los niños de las familias modestas, se levantó el cuello y se demoró en un comentario larguísimo; luego, viendo que los demás no lo escuchaban, se echó sobre el hombro esa manta que despedía un olor desagradable a habitación de niño y, con expresión culpable y suplicante, me pidió que le buscara el gorro.

–¡Georges, ángel mío! –dijo con ternura–. ¡Escuche, amigo, vámonos fuera de la ciudad!

–Vayan ustedes, yo no puedo. Es como si estuviera casado.

–Es una mujer estupenda, no se enfadará. ¡Vamos, mi querido patrón! El tiempo es excelente, hay un poco de hielo, ráfagas de nieve… Le aseguro que necesita distraerse, está usted de mal humor, el diablo sabe lo que le pasa…

Orlov se desperezó, bostezó y se quedó mirando a Pekarski.

–¿Vas a ir tú? –le preguntó indeciso.

–No lo sé. Tal vez.

–¿A tomar un trago, eh? Bueno, de acuerdo, vamos –decidió Orlov, después de cierta vacilación–. Esperad, voy a coger dinero.

Fue a su despacho, seguido de Gruzin, que arrastraba la manta por el suelo. Al cabo de un minuto regresaron al vestíbulo. Gruzin, algo ebrio y muy satisfecho, estrujaba en la mano un billete de diez rublos.

–Mañana ajustaremos cuentas –dijo–. Ella es buena, no se enfadará… Es la madrina de mi Lízochka y le tengo cariño, pobrecita. ¡Ah, mi querido compañero! –exclamó de pronto, riéndose

alegremente y apoyando la frente en la espalda de Pekarski–. ¡Ah, Pekarski, amigo del alma! *Advocatissimus* y seco como él solo, pero le gustan las mujeres…

–Las gordas, debería añadir usted –dijo Orlov, poniéndose la pelliza–. Bueno, vámonos, no quiero encontrármela en la entrada.

–*Vieni pensando a me secretamente!* –canturreó Gruzin.

Por fin partieron. Orlov pasó la noche fuera y regresó al día siguiente, a la hora del almuerzo.

VI

Zinaída Fiódorovna perdió un relojito de oro que le había regalado su padre tiempo atrás. Esa pérdida la sorprendió y la asustó. Pasó la mitad de la jornada recorriendo las habitaciones, examinando con impotencia las mesas y los alféizares, pero era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Al cabo de unos tres días, al regresar a casa, olvidó el portamonedas en el vestíbulo. Por suerte para mí, esa vez no fui yo quien la ayudó a quitarse el abrigo, sino Polia. Cuando reparó en la pérdida, el portamonedas ya no estaba en el vestíbulo.

–¡Qué raro! –exclamó Zinaída Fiódorovna, perpleja–. Recuerdo perfectamente que lo saqué del bolsillo para pagar al cochero… y que lo puse aquí, al lado del espejo. ¡No lo entiendo!

Aunque yo no lo había robado, se apoderó de mí la sensación de que el ladrón era yo y de que me habían descubierto. Cuando se sentó a almorzar, Zinaída Fiódorovna le dijo a Orlov en francés:

–Está casa está embrujada. Hoy perdí el portamonedas en el vestíbulo y acaba de aparecer en mi mesa. Pero los duendes no han hecho ese juego de manos de manera desinteresada. Se han llevado una moneda de oro y veinte rublos por las molestias.

–Primero se le pierde a usted el reloj y ahora el dinero… –dijo Orlov–. ¿Por qué no me sucede a mí nunca nada de eso?

Unos instantes después, Zinaída Fiódorovna ya no se acordaba del juego de manos de los duendes y contaba riendo que la semana anterior había encargado papel de cartas, pero había olvidado informar de la nueva dirección, así que la tienda lo había enviado a casa de su marido, que tuvo que pagar los doce rublos de la factura. De pronto reparó en Polia y se la quedó mirando fijamente. Mientras

la observaba, se ruborizó y se mostró tan confundida que se puso a hablar de otra cosa.

Cuando le llevé el café a su despacho, Orlov estaba de pie junto a la chimenea, de espaldas al fuego, mientras ella estaba sentada en un sillón, enfrente de él.

–En absoluto estoy de mal humor –decía en francés–. Pero he estado dándole vueltas y ahora lo veo todo claro. Puedo decirle el día y hasta la hora en que me robó el reloj. ¿Y el portamonedas? En ese caso no cabe ninguna duda. ¡Ah! –sonrió, cogiendo la taza de café que le ofrecía–. Ahora entiendo por qué pierdo tan a menudo pañuelos y guantes. Puede decir lo que quiera, pero mañana mismo pongo a esa urraca de patitas en la calle y mando a Stepán a por mi Sofia, que no es una ladrona ni tiene ese aspecto tan… repelente.

–Está usted de mal humor. Mañana, cuando se le haya pasado el enfado, se dará cuenta de que no se puede despedir a una persona sólo porque se sospeche de ella.

–Nada de sospechas, estoy segura –dijo Zinaída Fiódorovna–. Mientras sospeché de su criado, ese proletario de aspecto tan tristón, no dije una palabra. Me ofende, Georges, que no me crea usted.

–Que tengamos opiniones distintas sobre algunas cosas no quiere decir que no la crea. Aunque tuviera usted razón –dijo Orlov, volviéndose hacia el fuego y arrojando el cigarrillo–, no habría motivo para alterarse de ese modo. Si le digo la verdad, no esperaba que mi modesto hogar le causara tantas preocupaciones y quebraderos de cabeza. Ha perdido una moneda de oro. Bueno, pues al diablo con ella; coja, si quiere, cien de las mías. Pero alterar el orden establecido, meter en casa a una doncella desconocida y esperar a que se acostumbre a sus nuevas tareas es un proceso largo, tedioso y contrario a mi carácter. Cierto que nuestra actual doncella está gorda y que quizá tenga debilidad por los pañuelos y los guantes, pero por otro lado es muy decente y disciplinada y no chilla cuando Kukushkin le da pellizcos.

–Resumiendo, que no puede separarse de ella… Dígalo sin tapujos.

–¿Está usted celosa?

–¡Sí, estoy celosa! –afirmó Zinaída Fiódorovna con decisión.

–Gracias.

–¡Sí, estoy celosa! –repitió ella, y en sus ojos brillaron las lágrimas–. No, no son celos, sino algo peor… Ni siquiera sé qué nombre darle –se llevó las manos a las sienes y prosiguió acalorada–: ¡Ustedes, los hombres, son a veces repugnantes! ¡Qué horror!

–No veo en todo esto ningún horror.

–Nunca he presenciado esa clase de cosas y, en realidad, no sé nada, pero se dice que ustedes, los hombres, empiezan ya en la adolescencia a tener relaciones con las doncellas y que luego, por

costumbre, no sienten ninguna repulsión. No lo sé, no lo sé, pero hasta lo he leído… Georges, tienes tú razón –añadió, acercándose a Orlov y adoptando un tono cariñoso y suplicante–, la verdad es que hoy no estoy de buen humor. Pero trata de comprenderme, no puedo evitarlo. Me repugna y me da miedo. Su sola presencia me molesta.

–¿Es que no puede prescindir de esas mezquindades? –dijo Orlov, encogiéndose de hombros en señal de perplejidad y apartándose de la chimenea–. No le preste usted atención, así de sencillo. De ese modo, no le parecerá repugnante y dejará de hacer una montaña de un grano de arena.

Como en ese momento salí del despacho, no sé qué respuesta recibiría Orlov. En cualquier caso, Polia se quedó con nosotros. Después de ese incidente, Zinaída Fiódorovna no le dirigía la palabra para nada; era evidente que trataba de arreglárselas sin sus servicios. Bastaba que Polia le tendiera algún objeto o simplemente pasara a su lado, con el tintineo de su brazalete y el frufrú de sus enaguas, para que se estremeciera.

Creo que si Gruzin o Pekarski le hubieran pedido a Orlov que despidiera a Polia, lo habría hecho sin la menor vacilación, sin exigir explicaciones de ningún tipo, pues era complaciente, como todas las personas indiferentes. Pero en sus relaciones con Zinaída Fiódorovna, vaya usted a saber por qué, hacía gala de una cerrazón rayana a veces en el despotismo, aun tratándose de cuestiones insignificantes. Pronto comprendí una cosa: bastaba que a ella le gustara algo, para que a él le desagradara. Cuando Zinaída Fiódorovna volvía de sus compras y se aprestaba a enseñarle, muy ufana, sus nuevas adquisiciones, él se limitaba a echarles un vistazo somero y decía con frialdad que, cuanto más se llenara la casa de objetos superfluos, menos aire habría en las habitaciones. A veces, ya con el frac puesto para salir, y habiéndose despedido de Zinaída Fiódorovna, le entraba de pronto la cabezonada de quedarse en casa. En tales ocasiones yo tenía la impresión de que actuaba de ese modo con el único objeto de sentirse desdichado.

–¿Por qué no se ha marchado usted? –preguntaba Zinaída Fiódorovna, fingiéndose enfadada y en verdad resplandeciendo de satisfacción–. ¿Por qué? No está habituado a pasar las veladas en casa y yo no quiero que altere sus costumbres por culpa mía. Haga el favor de irse, si no quiere que me sienta culpable.

–¿Quién la culpa a usted de nada? –decía Orlov.

Se desplomaba en el sillón de su despacho con aire de víctima y, protegiéndose los ojos, se ponía a leer. Pero al poco rato el libro se le caía de las manos; entonces se daba la vuelta con indolencia en el sillón y de nuevo se protegía los ojos, como si le molestara el sol. Ya por entonces se arrepentía de no haberse marchado.

–¿Puedo pasar? –decía Zinaída Fiódorovna, entrando con indecisión

en el despacho–. ¿Está usted leyendo? Me aburría, así que he venido un momento… a echar un vistazo.

Recuerdo que una tarde entró en un mal momento y, con su habitual indeterminación, se sentó en la alfombra, a los pies de Orlov; por sus movimientos tímidos y delicados se podía ver que no entendía su estado de ánimo y que tenía miedo.

–Se pasa usted todo el tiempo leyendo… –se aventuró a decir por fin, con la intención evidente de adularlo–. ¿Sabe, Georges, cuál es el secreto de su éxito? Es usted muy culto e inteligente. ¿Qué libro es?

Orlov respondió. Pasaron unos minutos en silencio, que a mí se me antojaron muy largos. Yo estaba en la sala, y desde allí los observaba, siempre temiendo que me viniera un acceso de tos.

–Quería decirle algo… –comentó en voz baja Zinaída Fiódorovna y se echó a reír–. ¿Se la digo? Puede que se burle usted de mí y me diga que no hago más que fantasear. Pues verá: me hace mucha, muchísima ilusión pensar que hoy se ha quedado usted por mí… para pasar la velada conmigo. ¿Es así? ¿Puedo pensarlo?

–Piénselo –dijo Orlov, protegiéndose los ojos–. Dichoso aquel que cree no sólo lo que es, sino también lo que no es…

–Ha dicho usted una frase muy larga y no la he entendido del todo. ¿Quiere usted decir que las personas felices viven de figuraciones? Sí, es verdad. A mí me gusta pasar las veladas en su despacho y dejar volar la imaginación… ¡Qué grato es soñar! ¡Venga, Georges, soñemos en voz alta!

–Yo no he ido a un internado femenino y, por tanto, no he aprendido esas sutilezas.

–¿No está usted de humor? –preguntó Zinaída Fiódorovna, cogiéndole la mano–. Dígame por qué. Cuando se pone usted así, me da miedo. No sé si es que le duele la cabeza o está enfadado conmigo… –de nuevo se produjo un largo silencio–. ¿Por qué ha cambiado usted? –preguntó ella en voz baja–. ¿Por qué ya no se muestra tan cariñoso y alegre como en la calle Známenskaia? Hace ya casi un mes que vivo con usted y tengo la sensación de que aún no hemos empezado a vivir ni hemos hablado de nada como Dios manda. Siempre me responde usted con bromas o con frases largas y frías, como si fuera un profesor. Hasta en sus bromas hay cierta frialdad… ¿Por qué ha dejado de hablar en serio conmigo?

–Yo siempre hablo en serio.

–Bueno, pues vamos a hablar en serio. Por el amor de Dios, Georges… Hablemos.

–Vale. Pero ¿de qué?

–De nuestra vida, de nuestro futuro… –dijo Zinaída Fiódorovna con aire soñador–. Yo me paso el tiempo haciendo planes y más planes, ¡y soy tan feliz...! Georges, empezaré con una pregunta: ¿cuándo va a

renunciar usted a su puesto?

–¿Para qué? –preguntó Orlov, apartando la mano de la frente.

–Con las ideas que tiene, no puede usted ser funcionario. Ése no es su sitio.

–¿Mis ideas? –preguntó Orlov–. ¿Mis ideas? Por naturaleza y por convencimiento no soy más que un simple funcionario, un personaje de Schedrín. Me atrevo a asegurarle que me toma usted por otro.

–¿Ya está usted con sus bromas, Georges!

–Nada de eso. Puede que mi trabajo no me satisfaga, pero en cualquier caso lo prefiero a cualquier otra cosa. Estoy acostumbrado a la oficina; allí la gente es como yo, de manera que no me siento superfluo y me encuentro más o menos a gusto.

–Usted odia el trabajo. Está harto de él.

–¿De veras? ¿Y cree usted que, si pido el retiro, me pongo a soñar en voz alta y me transporto a otro mundo, esa vida me resultará menos odiosa que el trabajo?

–Con tal de llevarme la contraria, es usted capaz hasta de calumniarse a sí mismo –se ofendió Zinaída Fiódorovna y se puso en pie–. Lamento haber iniciado esta conversación.

–¿Por qué se enfada usted? Yo no me enfado porque usted no trabaje en una oficina. Cada uno vive como mejor le parece.

–¿De verdad vive usted como quiere? ¿Acaso es usted libre? Pasarse la vida escribiendo documentos que son contrarios a sus convicciones –prosiguió Zinaída Fiódorovna, uniendo las manos en un gesto de desesperación–. Obedecer, felicitar el Año Nuevo a los superiores y luego cartas, cartas y más cartas, y, sobre todo, someterse a un orden de cosas que no puede ser de su agrado. ¡No, Georges, no! Déjese de bromas pesadas. Es terrible. Usted es un idealista y sólo debe servir a sus ideas.

–De verdad que me toma usted por otro –suspiró Orlov.

–Dígame sin más que no tiene ganas de hablar conmigo. No me soporta, eso es todo –profirió entre lágrimas Zinaída Fiódorovna.

–Escuche, querida –dijo Orlov en tono sentencioso, retrepándose en el sillón–, usted misma ha tenido la bondad de calificarme de hombre culto e inteligente. Y enseñar al que ya sabe no conduce a nada. Conozco muy bien todas las ideas, pequeñas y grandes, que tiene usted en mente cuando me llama idealista. En consecuencia, si prefiero el trabajo y las cartas a esas ideas, debe de haber algún motivo. Eso en primer lugar. En segundo, por lo que yo sé, usted no ha trabajado nunca, de manera que sus juicios sobre el servicio civil sólo han podido formarse a partir de anécdotas y novelas de cuarta fila. Por tanto, no estaría de más que nos pusiéramos de acuerdo de una vez para siempre sobre este punto: no hablar de cosas archiconocidas o de asuntos que no son de nuestra incumbencia.

–¿Por qué me habla en ese tono? –exclamó Zinaída Fiódorovna, retrocediendo como horrorizada–. ¿Por qué? ¡Por el amor de Dios, Georges, recapacite! –su voz temblaba y se quebraba; era evidente que trataba de contener las lágrimas, pero de pronto estalló en sollozos–. ¡Georges, querido, me siento morir! –añadió en francés, postrándose de pronto delante de Orlov y apoyando la cabeza en sus rodillas–. Qué angustia, qué tormento. No puedo más, no puedo… De niña una madrastra odiosa y perversa, luego mi marido y ahora usted… Usted… A mi amor apasionado responde con ironía y frialdad… ¡Y esa espantosa y descarada doncella! –prosiguió, entre gemidos–. Sí, sí, ya me doy cuenta: no soy su esposa, ni su amiga, sino una mujer a la que no respeta usted porque se ha convertido en su amante… ¡Me mataré!

No esperaba que esas palabras y ese llanto causaran en Orlov tan profunda impresión. Se ruborizó, se removió inquieto en el sillón, y su rostro, en lugar de ironía, reflejó un miedo obtuso y pueril.

–Querida, no me ha comprendido usted, se lo juro –farfulló confuso, pasándole la mano por los cabellos y los hombros–. Perdóneme, se lo ruego. He sido injusto y… me desprecio a mí mismo.

–Lo importuno con mis llantos y mis lamentos… Es usted honrado y generoso… un hombre como hay pocos… No lo olvido ni un momento, pero estos últimos días casi me muero de tristeza…

Zinaída Fiódorovna abrazó impulsivamente a Orlov y le dio un beso en la mejilla.

–Pero no llore, por favor –dijo él.

–No, no… Ya he llorado bastante y me siento mejor.

–En lo que respecta a la doncella, mañana mismo abandonará esta casa –exclamó, sin dejar de removerse inquieto en el sillón.

–No, que se quede, Georges. ¿Me oye? Ya no me da miedo… Hay que estar por encima de esas mezquindades y no pensar en tonterías. ¡Tiene usted razón! Es usted un hombre como hay pocos… ¡un hombre extraordinario!

Pronto dejó de llorar. Sentada en las rodillas de Orlov, con las lágrimas aún brillando en sus pestañas, se puso a contarle a media voz una historia conmovedora, quizá recuerdos de infancia y juventud, mientras le acariciaba el rostro con la mano, lo besaba y observaba atentamente los anillos de sus dedos y los dijes de su cadena. Estaba entusiasmada por su propio relato y por la proximidad del hombre amado, y, quizá porque las recientes lágrimas habían limpiado y refrescado su alma, su voz tenía un matiz de extraordinaria pureza y sinceridad. Orlov, por su parte, jugueteaba con sus cabellos castaños y le besaba las manos, presionándolas con sus labios sin hacer ruido.

Luego tomaron el té en el despacho y Zinaída Fiódorovna leyó en voz alta algunas cartas. Pasadas las doce, se fueron a dormir.

Esa noche me dolió mucho un costado, y hasta primera hora de la

mañana no conseguí calentarme y conciliar el sueño. Oí que Orlov salía de su habitación y entraba en el despacho. Tras pasar allí casi una hora, tocó el timbre. Olvidando todas las reglas de la decencia, por culpa del dolor y la fatiga, me presenté en su estudio en ropa interior y descalzo. Orlov, con bata y gorro de dormir, me esperaba en el umbral.

–Cuando se te llama, debes acudir vestido –dijo con severidad–. Tráeme más velas.

Quise excusarme, pero de pronto me vino un fuerte acceso de tos y, para no caer, tuve que apoyar una mano en la jamba.

–¿Está usted enfermo? –preguntó Orlov.

Creo que desde que nos conocíamos era la primera vez que me trataba de usted. Dios sabrá por qué lo haría. Es probable que vestido sólo con la ropa interior y con la cara desfigurada por la tos no desempeñara bien mi papel y no guardase mucho parecido con un criado.

–Si está usted enfermo, ¿por qué trabaja? –preguntó.

–Para no morirme de hambre –respondí.

–¡Qué repugnante es todo esto, la verdad! –dijo en voz baja, mientras se acercaba a su escritorio.

Mientras yo, ya con la levita puesta, colocaba y encendía las nuevas velas, él se sentó al escritorio y, extendiendo las piernas sobre un sillón, se puso a abrir un libro con una plegadera.

Lo dejé sumido en la lectura; esta vez el libro no se le cayó de las manos, como la jornada anterior.

VII

Ahora, mientras escribo estos renglones, frena mi mano un miedo inculcado desde la infancia: me aterra parecer sentimental y ridículo. Cuando quiero mostrarme afectuoso y decir palabras tiernas, no consigo ser sincero. Ese temor, así como la falta de costumbre, me impide expresar con toda claridad lo que sucedió entonces en mi corazón.

No estaba enamorado de Zinaída Fiódorovna, pero en el simple sentimiento de humanidad que alimentaba por ella había mucha más juventud, frescura y alegría que en el amor de Orlov.

Por la mañana, mientras lustraba botas con un cepillo o pasaba la escoba, esperaba con el alma en vilo el momento en que por fin oiría su voz y sus pasos. ¡Si supieran ustedes qué importante era para mí observarla mientras tomaba el café y desayunaba, ponerle la pelliza en el vestíbulo o ayudarla a calzarse los chanclos en sus pequeños pies, mientras ella se apoyaba en mi hombro, y luego esperar a que desde abajo me llamara el portero, aguardarla en la puerta y verla llegar con las mejillas sonrosadas, aterida, salpicada de nieve, escuchar sus exclamaciones entrecortadas sobre el hielo o el cochero! Ardía en deseos de enamorarme, de formar mi propia familia, y quería que mi futura esposa tuviera precisamente esa cara, esa voz. Soñaba cuando comía y cuando salía de casa a cumplir algún encargo, y también por la noche, cuando no lograba conciliar el sueño. Orlov rechazaba con repugnancia las prendas de mujer, los niños, la cocina, las cacerolas de cobre, mientras yo recogía todo eso, lo mecía con delicadeza en mis sueños, lo amaba, se lo pedía al destino, y me perdía en ensoñaciones sobre una esposa, un cuarto para los niños, un jardín con senderos de arena, una casita…

Sabía que, si me enamoraba de ella, no podía contar con el milagro de ser correspondido, pero esa consideración no me inquietaba. El sentimiento que albergaba era modesto y recatado, nada más que una mera inclinación, por lo que no sentía celos de Orlov, ni siquiera envidia, pues comprendía que, en el caso de un hombre tullido como yo, la felicidad sólo es posible en los sueños.

Cuando Zinaída Fiódorovna, por la noche, esperaba a su Georges, mirando fijamente un libro, sin volver la página, o cuando se estremecía y palidecía porque Polia atravesaba la habitación, yo sufría con ella y se me pasaba por la cabeza la idea de sajar cuanto antes ese enconado absceso, arreglándomelas para que se enterara de todo lo que se decía en las cenas de los jueves. Pero ¿cómo hacerlo? Cada vez más a menudo era testigo de sus lágrimas. Durante las primeras semanas se reía y cantaba una cancioncilla, incluso cuando Orlov no estaba, pero ya durante el segundo mes la vida en casa se sumió en un silencio ominoso, que sólo se quebraba los jueves.

Zinaída Fiódorovna adulaba a Orlov y, con tal de arrancarle una sonrisa insincera o un beso, estaba dispuesta a ponerse de rodillas y hacerle fiestas como un perrito faldero. Cuando pasaba delante de un espejo, incluso cuando estaba con el ánimo por los suelos, no podía dejar de mirarse y arreglarse el peinado. Me parecía extraño que siguiera interesándose por la ropa y que no hubiera perdido su entusiasmo por las compras, pues era algo que no cuadraba con su sincera pesadumbre. Seguía la moda y encargaba costosos vestidos. ¿Para quién y por qué razón? Recuerdo sobre todo un vestido nuevo que costó cuatrocientos rublos. ¡Pagar cuatrocientos rublos por un vestido superfluo e innecesario, cuando nuestras jornaleras reciben veinte kopeks al día por su trabajo extenuante, de los que hay que descontar la comida, y cuando a las bordadoras de Bruselas y Venecia les pagan sólo medio franco diario, contando con que el resto se lo ganarán haciendo la calle! Me parecía extraño, y hasta me enojaba, que Zinaída Fiódorvna no se diera cuenta de esas cosas. Pero bastaba que saliera de casa para que se lo perdonara todo, para que lo disculpara todo, y me dispusiera a aguardar anhelante la llamada del portero.

Me trataba como a un lacayo, como a una criatura inferior. Se puede acariciar a un perro sin prestarle atención. Los amos me daban órdenes y me hacían preguntas sin reparar en mi presencia. Consideraban inconveniente hablar conmigo más de lo debido. Si se me hubiera ocurrido, cuando servía la cena, entrometerme en una conversación o echarme a reír, probablemente me habrían tomado por loco y me habrían despedido. En cualquier caso, Zinaída Fiódorovna era benévola conmigo. Cuando me enviaba a algún sitio o me explicaba el funcionamiento de una lámpara nueva u otra cosa por el

estilo, su rostro adoptaba una expresión de lo más serena, afable y cordial, y me miraba directamente a los ojos. En tales ocasiones siempre tenía la impresión de que se acordaba con agradecimiento de las cartas que le llevaba a la calle Známenskaia. Cuando llamaba, Polia, que me consideraba el favorito del ama y me odiaba por ello, decía con una sonrisa emponzoñada:

–Vete, *tu amorcito* te llama.

Zinaída Fiódorovna me consideraba un ser inferior y no albergaba la menor sospecha de que era la única persona en esa casa que podía sentirse humillada. No sabía que yo, un lacayo, sufría por ella y unas veinte veces al día me preguntaba qué le depararía el futuro y cómo acabaría todo. Cada día que pasaba la situación empeoraba a ojos vistas. Al parecer, después de aquella tarde en que hablaron del trabajo, Orlov, a quien no le gustaban las lágrimas, empezó a tener miedo y procuró evitar cualquier conversación con ella. Cuando Zinaída Fiódorovna empezaba a discutir, o a suplicar, o parecía a punto de echarse a llorar, él encontraba alguna excusa plausible para retirarse a su despacho o incluso para salir de casa. Cada vez era más raro que se quedara a pasar la noche y más raro aún que cenara en casa. Los jueves él mismo pedía a sus amigos que lo llevaran a alguna parte. Zinaída Fiódorovna soñaba, como antes, con una cocina, con un piso nuevo y con un viaje al extranjero, pero sus sueños seguían sin hacerse realidad. La comida la traían de un restaurante; en cuanto a la cuestión de la vivienda, Orlov le había pedido que no la planteara hasta que regresaran del viaje al extranjero, que por lo demás no podrían emprender antes de que le creciera el pelo, porque no podía ir de hotel en hotel, consagrado a sus ideas, si no tenía el pelo largo.

Como si no bastase con eso, Kukushkin empezó a aparecer por las tardes, cuando Orlov estaba ausente. Su comportamiento no tenía nada de extraño, pero a mí no se me iba de la cabeza aquella conversación en que había afirmado que le quitaría la amante a Orlov. Le servíamos té y vino tinto, y él soltaba esas risitas suyas y, deseando decir algo agradable, aseguraba que el matrimonio civil era superior al eclesiástico en todos los sentidos y que, en realidad, todas las personas decentes deberían postrarse a los pies de Zinaída Fiódorovna.

VIII

Las fiestas de Navidad pasaron en medio del aburrimiento, como un vago anticipo de la catástrofe que se avecinaba. La víspera de Año Nuevo, mientras tomaba su café matinal, Orlov anunció de improviso que sus superiores, después de investirlo de poderes especiales, habían dispuesto que se uniera a un senador que iba a realizar un viaje de inspección a cierta provincia.

–No me apetece ir, pero no se me ocurre ninguna excusa –dijo disgustado–. Tengo que obedecer, no hay nada que hacer.

En cuanto se enteró de esa novedad, a Zinaída Fiódorovna se le enrojecieron los ojos.

–¿Para mucho tiempo? –preguntó.

–Cinco o seis días.

–A decir verdad, me alegro de que te marches –dijo, después de pensarlo un momento–. Te distraerás. Tendrás una aventura durante el viaje y luego me la contarás.

Siempre que se presentaba la ocasión, trataba de demostrarle a Orlov que no coartaba su libertad y que era dueño de hacer lo que se le antojase, pero esa política tan ingenua y transparente no engañaba a nadie y sólo servía para recordarle una vez más a Orlov que no era libre.

–Me marcho esta tarde –dijo él, y se puso a leer el periódico.

Zinaída Fiódorovna tenía intención de acompañarlo a la estación, pero él la disuadió, argumentando que no se marchaba a América ni estaría fuera cinco años, sólo cinco días, tal vez menos.

Se despidieron poco después de las siete. Él le rodeó la cintura con un solo brazo y la besó en la frente y en los labios.

–Sé buena y no te entristezcas durante mi ausencia –dijo en un tono

tan afectuoso y cordial que me conmovió incluso a mí–. Que Dios te bendiga.

Ella miró con ansia su rostro, como tratando de imprimir con mayor fuerza en la memoria esos rasgos tan queridos; luego le echó las manos al cuello con un gesto lleno de gracia y apoyó la cabeza en su pecho.

–No me guardes rencor por nuestros malentendidos –dijo en francés–. Un marido y una mujer no pueden dejar de discutir si se quieren, y yo te quiero con locura. No me olvides… Telegrafíame lo más a menudo que puedas y dame noticias detalladas.

Orlov volvió a besarla y salió sin añadir palabra, sintiendo cierta confusión. Cuando ya se había oído el ruido del cerrojo en la puerta, se detuvo en medio de la escalera, meditabundo, y miró hacia arriba. Yo tenía la impresión de que, si en ese momento hubiera oído ahí el menor ruido, se habría vuelto. Pero todo estaba en silencio. Se arregló el capote y empezó a bajar los peldaños con indecisión.

En la entrada esperaban dos trineos desde hacía algún tiempo. Orlov se sentó en uno y en el otro me acomodé yo con las dos maletas. El frío era muy intenso y en los cruces de las calles ardían hogueras. La velocidad de la marcha hacía que el gélido viento me arañara la cara y las manos y me cortara el aliento; con los ojos cerrados, iba pensando: «¡Qué mujer tan maravillosa! ¡Cuánto lo ama! Hoy día se recogen por los patios hasta los objetos inservibles, para venderlos con fines benéficos; hasta un espejo roto se considera una mercancía aprovechable, pero algo tan valioso y raro como el amor de una mujer joven, refinada, inteligente y decente se pierde completamente en vano. Un viejo sociólogo consideraba que cualquier pasión negativa era una fuerza que, con sabiduría, podía encauzarse al bien; en nuestro país, en cambio, una pasión noble y hermosa nace y luego muere impotente, sin dirección alguna, incomprendida o degradada. ¿Por qué?».

Los trineos se detuvieron de pronto. Abrí los ojos y vi que estábamos en la calle Serguiévskaia, cerca del caserón donde vivía Pekarski. Orlov se apeó del trineo y desapareció en el interior del edificio. Al cabo de unos cinco minutos apareció en la puerta el lacayo de Pekarski, sin gorro, y me gritó, enfadado por el frío que hacía:

–¿Estás sordo o qué te pasa? Despide a los cocheros y sube. ¡Te llaman!

Sin entender nada, me dirigí a la segunda planta. Había estado antes en casa de Pekarski, es decir, había echado un vistazo a la sala desde el vestíbulo, y siempre me había impresionado el esplendor de los marcos, de los bronces y del costoso mobiliario, sobre todo después de atravesar calles húmedas y sombrías. Ahora, en medio de ese esplendor, vi a Gruzin, a Kukushkin y un poco después también a

Orlov.

–Escucha, Stepán –dijo, acercándose a mí–. Voy a quedarme aquí hasta el viernes o el sábado. Si llegan cartas o telegramas, tráemelos a diario. En casa, desde luego, dirás que he partido y que mando un saludo. Adiós.

Cuando regresé a casa, Zinaída Fiódorovna estaba tumbada en el sofá de la sala, comiendo una pera. Sólo ardía una vela, colocada en un candelabro.

–¿Llegasteis a tiempo a la estación? –me preguntó.

–Desde luego. El señor le manda un saludo.

Me retiré a mi habitación y también me tumbé. No tenía nada que hacer y no me apetecía leer. No estaba sorprendido ni indignado, pero me exprimía los sesos tratando de comprender la necesidad de ese engaño, pues sólo los muchachos engañan de ese modo a sus amantes. ¿Cómo era posible que a un hombre que había leído y razonado tanto no se le hubiera ocurrido algo más elaborado? Reconozco que no tenía una mala opinión de su inteligencia. Creo que, si hubiera necesitado engañar al ministro de su ramo o a otro personaje importante, habría empleado no pocas energías y artimañas; en cambio, para engañar a una mujer había echado mano de lo primero que se le había pasado por la imaginación. Si la argucia tenía éxito, bien, y si no, poco importaba, pues podía mentir una segunda vez, con la misma facilidad y presteza, sin romperse la cabeza.

A medianoche, mientras en el piso de arriba recibían el Año Nuevo con rumores de sillas, gritos y vivas, Zinaída Fiódorovna llamó desde la habitación contigua al despacho. Con cierta languidez, después de haber pasado tanto tiempo tumbada, se había sentado a la mesa y estaba escribiendo algo en un pedazo de papel.

–Hay que mandar un telegrama –dijo, sonriendo–. Vaya cuanto antes a la estación y pida que lo envíen de inmediato.

Cuando salí a la calle, leí la nota: «Feliz Año Nuevo y muchas felicidades. Telegrafía en seguida. Te echo muchísimo de menos. Ha pasado una eternidad. Lamento que no sea posible mandar por telégrafo un millar de besos y mi propio corazón. Que lo pases bien, amor mío. Zina».

Mandé el telegrama y a la mañana siguiente entregué el resguardo a Zinaída Fiódorovna.

IX

Lo peor de todo era que Orlov había cometido la torpeza de hacer partícipe del engaño también a Polia, ordenándole que le llevara sus camisas a la calle Serguiévskaia. A partir de ese momento, Polia miraba a Zinaída Fiódorovna con malevolencia y un odio que yo no alcanzaba a entender, y no dejaba de bufar de contento cuando estaba en el vestíbulo o en su habitación.

–¡Ya ha pasado aquí demasiado tiempo, es hora de que se vaya! –decía con satisfacción–. Es la primera que tendría que entenderlo.

Barruntando que Zinaída Fiódorovna no se quedaría mucho tiempo entre nosotros, procuraba no perder el tiempo y arramblaba con todo lo que se le ponía a tiro: frascos, horquillas de carey, pañuelos, zapatos. El segundo día del año Zinaída Fiódorovna me llamó a su habitación y me informó a media voz de que le había desaparecido un vestido negro. Luego recorrió todas las habitaciones, pálida, con expresión asustada e indignada, hablando consigo misma:

–¿Cómo es posible? Pero ¿cómo es posible? ¡Es de una insolencia inaudita!

Durante la comida, quiso servirse ella misma la sopa, pero no pudo: le temblaban las manos. También le temblaban los labios. Miraba impotente la sopa y las empanadillas, esperando que se le pasara el temblor, pero de pronto no pudo contenerse y miró a Polia.

–Usted, Polia, puede salir de la habitación –dijo–. Con Stepán me basta.

–No me importa quedarme, señora –respondió Polia.

–No hay motivo para que se quede aquí. Váyase de una vez para siempre… ¡de una vez para siempre! –gritó Zinaída Fiódorova y, presa de una gran agitación, se puso en pie–. Puede buscarse otra

colocación. ¡Váyase ahora mismo!

–No puedo irme hasta que el señor me lo ordene. Es él quien me contrató. Se hará lo que él diga.

–¡Yo también le doy órdenes! ¡Soy la señora de la casa! –dijo Zinaída Fiódorovna, poniéndose como la grana.

–Puede que sea usted la señora de la casa, pero sólo el señor puede despedirme. Fue él quien me contrató.

–¡No se atreva a quedarse aquí ni un minuto más! –gritó Zinaída Fiódorovna y golpeó el plato con el cuchillo–. ¡Es usted una ladrona! ¿Me oye?

Zinaída Fiódorovna arrojó la servilleta sobre la mesa y salió a toda prisa del comedor, con una expresión lastimosa y sufriente. Polia también salió, entre ruidosos gemidos y lamentos. La sopa y la becada se enfriaron. Por alguna razón, esos suntuosos manjares traídos del restaurante me parecieron de pronto no menos miserables y rufianescos que Polia. Dos empanadillas que había en un plato tenían un aspecto especialmente penoso y lamentable. «Hoy nos devolverán al restaurante –parecían decir– y mañana nos servirán de nuevo en el almuerzo de un funcionario o una cantante famosa.»

–¡Es una señora muy importante, figúrate! –se oía en la habitación de Polia–. Si hubiera querido, hace tiempo que yo también sería una señora así… ¡Pero me da vergüenza! ¡Ya veremos quién de las dos se marcha primero! ¡Sí!

Zinaída Fiódorovna llamó. Estaba sentada en un rincón, y por la expresión de su rostro se diría que alguien la había puesto allí como castigo.

–¿No han traído ningún telegrama? –preguntó.

–No señora.

–Pregúntele al portero, quizá haya llegado alguno. Pero no salga de casa –añadió, cuando me di la vuelta–. Me da miedo quedarme sola.

A partir de ese momento, casi cada hora tenía que bajar corriendo para preguntarle al portero si se había recibido algún telegrama. ¡Debo confesar que fueron unos días terribles! Para no ver a Polia, Zinaída Fiódorovna comía y tomaba el té en su habitación, donde también dormía, haciéndose personalmente el lecho en un sofá pequeño y arqueado. En los primeros días era yo quien se encargaba de enviar los telegramas, pero, al no recibir respuesta, dejó de confiar en mí y empezó a ir ella misma a la oficina de telégrafos. Era tanta su ansiedad que también yo me puse a esperar con impaciencia un telegrama. Albergaba la esperanza de que a Orlov se le hubiera ocurrido alguna estratagema, por ejemplo, que hubiera dado disposiciones para que enviaran un telegrama desde alguna estación. Si está demasiado absorbido con las partidas de cartas, pensaba yo, o ha tenido tiempo de encapricharse de otra mujer, seguro que Gruzin o

Kukushkin le recuerdan nuestra existencia. Pero esperamos en vano. Unas cinco veces al día entraba en la habitación de Zinaída Fiódorovna con la intención de contarle toda la verdad, pero, al ver su aire desamparado, sus hombros caídos y sus labios trémulos, me retiraba sin decir palabra. La compasión y la piedad me robaban todo rastro de valor. Polia, alegre y satisfecha, como si la cosa no fuera con ella, limpiaba el despacho del señor y el dormitorio, husmeaba en los armarios, recogía la vajilla con tintineo de platos y, al pasar por la puerta de Zinaída Fiódorovna, canturreaba y tosía. Le gustaba que la señora se escondiese de ella. Salía por la noche y no regresaba hasta las dos o las tres de la madrugada; cuando llamaba al timbre, yo tenía que abrirle y escuchar sus observaciones sobre mi tos. Al poco rato se oía otro timbrazo y yo tenía que acudir corriendo a la habitación contigua al despacho, donde Zinaída Fiódorovna, asomando la cabeza por la puerta, me preguntaba: «¿Quién ha llamado?». Y me miraba las manos para ver si llevaba algún telegrama.

Cuando el sábado, por fin, llamaron abajo y en la escalera se oyó una voz conocida, se alegró tanto que se puso a sollozar. Corrió a su encuentro, lo abrazó, le besó el pecho y las mangas, pronunció palabras incomprensibles. El portero metió las maletas en casa, se oyó la voz alborozada de Polia. ¡Era como si hubiera llegado alguien a pasar unos días de vacaciones!

–¿Por qué no has telegrafiado? –decía Zinaída Fiódorovna, con la respiración entrecortada por la alegría–. ¿Por qué? Cuánto he sufrido, ya no podía más… ¡Ah, Dios mío!

–¡Pues muy sencillo! El senador y yo partimos el primer día para Moscú, de modo que no me llegaron tus telegramas –dijo Orlov–. Después de comer, querida, te lo contaré todo en detalle; ahora quiero dormir, dormir y nada más… Vengo agotado del viaje.

Era evidente que no había dormido en toda la noche: probablemente había estado jugando a las cartas y había bebido mucho. Zinaída Fiódorovna lo llevó a la cama, y luego tuvimos que andar todos de puntillas hasta la tarde. Durante la comida todo marchó a las mil maravillas, pero cuando pasaron al despacho para tomar el café, empezaron las explicaciones. Zinaída Fiódorovna hablaba en francés, y sus palabras se sucedían susurrantes y veloces, como el murmullo de un arroyo; luego se oyó un profundo suspiro y la voz de Orlov.

–¡Dios mío! –dijo en francés–. ¿Es qué no tiene noticias más frescas que esa eterna cantinela de las maldades de la doncella?

–Pero, cariño, me ha robado y me ha dicho toda clase de insolencias.

–¿Y por qué no me roba ni me falta a mí al respeto? ¿Por qué yo no reparo nunca en las doncellas, en los porteros y en los lacayos?

Querida, lo suyo no es más que capricho y falta de carácter… Hasta empiezo a sospechar que está usted embarazada. Cuando le propuse despedirla, insistió usted en que se quedara, y ahora quiere que la eche. En estos casos yo también soy testarudo: a un capricho respondo con otro. Usted quiere que se vaya; bueno, pues yo quiero que se quede. Es el único modo de curarle a usted los nervios.

–¡Basta, basta! –dijo Zinaída Fiódorovna, asustada–. Dejemos el tema… Ya nos ocuparemos mañana. Ahora háble me de lo que ha hecho en Moscú… ¿Qué se cuenta por allí?

X

Al día siguiente, 7 de enero, festividad de san Juan Bautista, Orlov, después de tomar el desayuno, se puso el frac y se prendió su condecoración para ir a casa de su padre a felicitarle el santo. Tenía que marcharse a las dos, pero cuando terminó de vestirse era sólo la una y media. ¿Cómo pasar esa media hora? Se paseó por la sala, recitando unos versos con los que felicitaba a su padre y a su madre cuando era niño. Zinaída Fiódorovna, que estaba a punto de irse a casa de su costurera o a una tienda, lo escuchaba con una sonrisa. No sé de qué se pondrían a hablar, pero cuando le llevé los guantes a Orlov, éste estaba delante de Zinaída Fiódorovna y con expresión caprichosa y suplicante le decía:

–Por el amor de Dios, por todos los santos, ¡no me diga cosas que son de dominio público! Qué desdichado talento el de nuestras damas inteligentes y sabias para hablar con entusiasmo y aspecto concentrado de asuntos de los que están hasta la coronilla, desde hace tiempo, hasta las colegialas. ¡Ah, si excluyese de nuestro programa conyugal todas esas cuestiones serias! ¡Cuánto se lo agradecería!

–Las mujeres no podemos permitirnos tener criterios propios[9].

–Le doy plena libertad para ser todo lo liberal que quiera y citar a los autores que se le antojen, pero hágame el favor de no mencionar dos asuntos en mi presencia: la depravación de la alta sociedad y las irregularidades del matrimonio. Y le pido que lo entienda. Siempre se critica a la alta sociedad para contraponerla al mundo de los comerciantes, los curas, los pequeños propietarios y los campesinos, es decir, el de los Sidor y los Nikita. Ambos mundos me repugnan, pero si tuviera que elegir en conciencia entre uno y otro, me quedaría sin dudarlo con la alta sociedad, y en esa elección no habría rastro de

mentira ni de afectación, porque todos mis gustos van en esa dirección. Nuestro mundo es vulgar y vano, pero al menos usted y yo hablamos fluidamente en francés, leemos algún que otro libro y no nos zurramos la badana, ni siquiera cuando tenemos una fuerte discusión, mientras los Sidor, los Nikita, los comerciantes y demás no hacen más que decir «sus felicito», «ya mesmo», «ojalá revientes» y viven en el desenfreno total, inmersos en costumbres tabernarias y una ciega idolatría.

–Los campesinos y los comerciantes lo mantienen a usted.

–Sí, ¿y qué? Ese detalle no sólo me deja en mal lugar a mí, sino también a ellos. Me mantienen y se quitan el sombrero delante de mí, lo que significa que carecen de la inteligencia y la honradez necesarias para obrar de otro modo. Yo no insulto ni elogio a nadie, pero permítame que le diga una cosa: la alta sociedad y la baja son a cual peor. Me opongo a ellas con el corazón y con la cabeza, pero mis gustos están del lado de la primera. Y en lo que respecta a las anomalías del matrimonio –prosiguió Orlov, después de consultar el reloj–, ya es hora de que vaya entendiendo que no hay anormalidades de ningún tipo, sino más bien, al menos de momento, una serie de vagas exigencias al matrimonio. ¿Qué esperan ustedes del matrimonio? En la convivencia legítima e ilegítima, en todas las uniones y cohabitaciones, buenas y malas, la esencia es la misma. Ustedes, las damas, viven sólo para esa esencia, que significa todo para ustedes, pues sin ellas su vida carecería de sentido. No necesitan nada más que esa esencia, así que la toman, pero desde que han empezado a leer novelas, les da vergüenza tomarla y van de un lado para otro, cambiando de pareja con la mayor imprudencia, y, para justificar ese barullo, hablan de las anormalidades del matrimonio. Mientras sigan ustedes sin poder ni querer renunciar a la esencia, su principal enemigo, su Satanás, mientras continúen sirviéndola fielmente, ¿qué sentido tiene hablar de cuestiones serias? Todo lo que me digan será puro sinsentido y afectación. No hay posibilidad de que las crea.

Bajé para ver si el portero había conseguido un coche y, cuando regresé, ya había estallado la discusión. Como dicen los marineros, el viento arreciaba.

–Ya veo que tiene usted hoy intención de sorprenderme con su cinismo –decía Zinaída Fiódorovna, paseándose muy alterada por la sala–. Me da asco escucharle. Soy inocente ante Dios y ante los hombres y no tengo que arrepentirme de nada. Dejé a mi marido para vivir con usted y me enorgullezco de ello. ¡Me enorgullezco, se lo juro por mi honor!

–Pues estupendo.

–Si es usted un hombre honrado y decente, también debe

enorgullecerse de mi acto. Nos coloca por encima de miles de personas que querrían proceder de la misma manera que yo, pero no se deciden por cobardía o cálculos mezquinos. Pero usted no es decente. Le asusta la libertad y se burla de los impulsos nobles porque teme que algún ignorante sospeche que es usted un hombre honrado. Teme usted mostrarme a sus amigos y no concibe castigo mayor que ir conmigo por la calle… ¿Qué dice? ¿Acaso no es verdad? ¿Por qué aún no me ha presentado a su padre y a su prima? ¿Por qué? ¡Ah, la verdad es que estoy ya harta de todo esto! –gritó Zinaída Fiódorovna, dando una patada en el suelo–. Exijo lo que me pertenece por derecho. ¡Haga el favor de presentarme a su padre!

–Si tanto lo necesita, preséntese usted misma. Recibe todas las mañanas de diez a diez y media.

–¡Qué mezquino es usted! –dijo Zinaída Fiódorovna, retorciéndose las manos, desesperada–. Aunque no es usted sincero y no dice lo que piensa, sólo por esa crueldad podría odiarlo. ¡Ah, qué mezquino es usted!

–En lugar de dar vueltas en torno a la cuestión, sería mejor que fuéramos al fondo del asunto. Y el fondo del asunto es que se ha equivocado usted y no quiere reconocerlo en voz alta. Se imaginaba que yo era un héroe y que tenía ideas e ideales extraordinarios, cuando ha acabado demostrándose que soy un funcionario de lo más vulgar, un jugador de cartas, y que no tengo una inclinación especial por ninguna idea. Soy un digno vástago de ese mundo podrido del que ha huido usted, indignada contra su vanidad y vulgaridad. Sea usted justa y reconózcalo: no está enfadada conmigo, sino consigo misma, porque es usted quien se ha equivocado, no yo.

–Sí, lo admito: ¡me he equivocado!

–Muy bien. Gracias a Dios, ya hemos llegado al meollo de la cuestión. Ahora, escúcheme un momento, si es usted tan amable. Yo no puedo elevarme hasta usted porque estoy demasiado corrompido; usted tampoco puede descender hasta mí porque está a demasiada altura. Por tanto, sólo queda…

–¿Qué? –se apresuró a preguntar Zinaída Fiódorovna, conteniendo la respiración y poniéndose de repente tan pálida como un lienzo.

–Recurrir a la ayuda de la lógica.

–Gueorgui, ¿por qué me atormenta de este modo? –dijo de pronto en ruso Zinaída Fiódorovna, con la voz quebrada–. ¿Por qué? Dese cuenta de mis sufrimientos…

Orlov, temeroso de sus lágrimas, se retiró rápidamente a su despacho y no sé por qué razón –tal vez deseara causarle más daño o simplemente se acordara de que ésa era la práctica habitual en casos semejantes– cerró la puerta con llave. Ella pegó un grito y corrió tras él, acompañada del rumor de su vestido.

–¿Qué significa esto? –preguntó, llamando a la puerta–. ¿Qué significa… esto? –repitió, y su voz, que temblaba de indignación, subió de tono–. Ah, ¿conque esas tenemos? ¡Pues sepa que lo odio y lo desprecio! ¡Todo ha terminado entre nosotros! ¡Todo!

Se oyó un llanto histérico, acompañado de carcajadas. En la sala un objeto pequeño cayó de la mesa y se rompió. Orlov pasó del despacho al vestíbulo por otra puerta y, dirigiendo a su alrededor una mirada cobarde, se puso a toda prisa el capote y la chistera y salió.

Transcurrió media hora, luego una hora, y ella seguía llorando. Me acordé de que no tenía padre ni madre ni familiares, de que en nuestra casa vivía entre un hombre que la odiaba y Polia, que le robaba, y su vida se me antojó terriblemente desolada. Sin saber yo mismo la razón, entré en la sala. Abatida, impotente, con esos cabellos maravillosos, Zinaída Fiódorovna, que era para mí un modelo de ternura y elegancia, sufría como una enferma; postrada en el sofá, con la cara oculta entre las manos, temblaba de pies a cabeza.

–Señora, ¿quiere que vaya a buscar al médico? –pregunté en voz baja.

–No, no es necesario… estoy bien –dijo, mirándome con ojos llorosos–. Me duele un poco la cabeza… Gracias en cualquier caso.

Salí. Esa tarde escribió una carta tras otra y me envió primero a casa de Pekarski, luego a la de Kukushkin, más tarde a la de Gruzin, y por último a donde mejor me pareciese, con tal de que encontrara a Orlov cuanto antes y le entregara la carta. Cada vez que regresaba con la carta en la mano, me insultaba, me suplicaba, me daba dinero, como si fuera presa de un acceso de fiebre. Pasó la noche en vela, sentada en la sala, hablando consigo misma.

Orlov regresó al día siguiente, a la hora de la comida, y se reconciliaron.

El primer jueves después de esa escena, Orlov se quejó ante sus amigos de lo insoportablemente dura que era su vida. Fumó mucho y dijo con enfado:

–Esto, más que vida, es un tormento. Lágrimas, alaridos, conversaciones de altos vuelos, súplicas de perdón, más lágrimas y alaridos; en definitiva, ya no soy dueño de mi propio hogar, me atormento y la atormento a ella. ¿Es posible que tenga que pasar uno o dos meses más de esta manera? ¿Es posible? ¡Pues eso parece!

–Habla con ella –dijo Pekarski.

–Ya lo he intentado, pero es imposible. Se le puede decir cualquier verdad a una persona independiente y razonable, pero en este caso estamos hablando de una criatura que no tiene voluntad ni carácter ni lógica. Yo no puedo soportar las lágrimas, me desarman. Cuando se echa a llorar, estoy dispuesto a jurarle amor eterno y ponerme a llorar también yo.

Pekarski, sin comprender, se rascó pensativo la ancha frente y dijo:

–Hazme caso, alquila un piso para ella. ¡Así de sencillo!

–Lo que ella necesita es mi compañía, no un piso. Pero dejémoslo –suspiró Orlov–. No oigo más que discursos interminables, pero no veo ninguna salida a mi situación. ¡He aquí lo que significa ser culpable sin tener culpa! No quieres caldo, pues toma dos tazas. Toda mi vida he rechazado el papel de héroe, nunca he podido soportar las novelas de Turguénev, y de pronto, como si fuera cosa de burla, me encuentro convertido en un auténtico héroe. Le doy mi palabra de honor de que soy lo menos parecido a un héroe, presento pruebas irrefutables, pero no me cree. ¿Por qué? Después de todo, puede que mi cara tenga rasgos propios de un héroe.

–¿Y por qué no se va usted a inspeccionar las provincias? –dijo Kukushkin, riendo.

Una semana después de esa conversación, Orlov anunció que volvían a enviarlo en comisión de servicio, acompañado de un senador, y esa misma tarde se marchó con sus maletas a casa de Pekarski.

XI

En el umbral había un anciano de unos sesenta años, con una pelliza que le llegaba hasta los tobillos y un gorro de castor.

–¿Está en casa Gueorgui Iványich? –preguntó.

Al principio pensé que sería uno de los usureros, acreedores de Gruzin, que a veces se dirigían a Orlov para recuperar pequeñas sumas, pero cuando entró en el vestíbulo y se desabrochó la pelliza, vi esas pobladas cejas y esos labios fruncidos que tanto había estudiado en fotografías, así como dos filas de estrellas en el frac de su uniforme. Lo reconocí: era el padre de Orlov, el famoso hombre de Estado.

Le respondí que Gueorgui Iványich había salido. El anciano frunció aún más los labios y miró pensativo a un lado, mostrándome su perfil seco, su boca desdentada.

–Le escribiré una nota –dijo–. Acompáñeme.

Dejó los chanclos en el vestíbulo y, sin quitarse la larga y pesada pelliza, se dirigió al despacho. Una vez allí, se sentó en un sillón, delante del escritorio, y, antes de coger la pluma, estuvo meditando dos o tres minutos, protegiéndose los ojos con la mano, como si le molestara el sol, el mismo gesto que hacía su hijo cuando estaba de mal humor. Tenía una cara triste, pensativa, con ese aire de resignación que sólo había observado en los rostros de las personas mayores y religiosas. Yo me quedé detrás, mirándole la calva y el hoyo que tenía en la nuca, plenamente consciente de que ese anciano débil y enfermo estaba en mis manos, pues en la casa no había nadie, sólo mi enemigo y yo. Bastaba con que hiciera un pequeño esfuerzo físico, le sustrajera después el reloj, para ocultar el móvil del crimen, y saliera por la puerta trasera, para obtener muchísimo más de lo que había imaginado cuando empecé a trabajar de lacayo. Pensé que

difícilmente se me presentaría una ocasión tan favorable. Pero, en lugar de actuar, contemplaba con total indiferencia tan pronto la calva como la pelliza, mientras reflexionaba con la mayor serenidad en la relación de ese hombre con su único hijo y consideraba que las personas mimadas por la fortuna y el poder probablemente no quieren morir…

–¿Hace mucho que has entrado al servicio de mi hijo? –preguntó, trazando en el papel unas letras de gran tamaño.

–Más de dos meses, excelencia.

Una vez terminada la nota, se puso en pie. Todavía estaba a tiempo. Haciendo un esfuerzo y apretando los puños, traté de destilar en mi alma al menos una gota de mi antiguo odio; recordé que hasta hacía poco había sido un enemigo encarnizado, implacable y obstinado de ese hombre… Pero no es fácil encender una cerilla en una piedra friable. Ese rostro envejecido, melancólico, y el frío resplandor de las estrellas sólo despertaban en mí pensamientos nimios, insignificantes e inútiles sobre la fugacidad de todo lo terreno y la inminencia de la muerte…

–¡Adiós, muchacho! –dijo el anciano, y a continuación se puso el gorro y se marchó.

Ya no cabía ninguna duda: se había operado un cambio en mí, me había vuelto distinto. A modo de prueba, me sumergí en los recuerdos, pero al punto me sentí horrorizado, como si hubiera echado un vistazo, sin darme cuenta, a un rincón oscuro y húmedo. Me acordé de mis compañeros y conocidos, y lo primero que me vino a la cabeza fue cómo me ruborizaría y avergonzaría si me encontrara con alguno de ellos. ¿En qué me había convertido? ¿Qué debía pensar y hacer? ¿Qué dirección debía tomar? ¿Cuál era el objeto de mi vida?

No entendía nada y sólo era consciente de una cosa: tenía que hacer las maletas cuanto antes y marcharme. Antes de la visita del anciano mi posición de criado tenía algún sentido, ahora resultaba ridícula. Mis lágrimas caían sobre la maleta abierta, me embargaba una tristeza insoportable, pero ¡qué ansias tenía de vivir! Estaba dispuesto a abarcar e incluir en mi breve existencia cualquier experiencia accesible al ser humano. Quería hablar, leer, dar martillazos en una fábrica de grandes dimensiones, montar guardia en la cubierta de un barco, arar la tierra. Me atraía la avenida Nevski, el campo, el mar, cualquier lugar al que me llevara mi imaginación. Cuando regresó Zinaída Fiódorovna, me apresuré a abrirle la puerta y la ayudé a quitarse la pelliza con especial ternura. ¡Era la última vez!

Además del anciano, ese día recibimos otras dos visitas. Por la tarde, cuando ya había oscurecido, apareció inopinadamente Gruzin para recoger unos papeles que Orlov necesitaba. Abrió un cajón del escritorio, sacó unos documentos, los enrolló, me ordenó que los

dejara en el vestíbulo, al lado de su gorro, y pasó a ver a Zinaída Fiódorovna, que estaba en la sala, tumbada en el sofá, con la cabeza apoyada en los brazos. Habían pasado cinco o seis días desde que Orlov partiera en viaje de inspección, y nadie sabía cuándo regresaría, pero ella ya no enviaba telegramas ni los esperaba. A Polia, que seguía viviendo en la casa, parecía no prestarle atención. «¡Me da igual!», leía yo en su rostro impasible y pálido como el de una muerta. Igual que Orlov, también ella se empeñaba en ser desdichada por simple testarudez. Enfrentada consigo misma y con el mundo entero, se pasaba días enteros inmóvil en el sofá, deseando y esperando sólo lo peor. Probablemente se imaginaba el regreso de Orlov, las inevitables disputas, luego su frialdad, sus traiciones y, por último, la separación, y es posible que esos pensamientos angustiosos le procuraran cierto placer. Pero ¿qué diría si de pronto se enterara de la verdad?

–Cuánto la quiero, madrina –dijo Gruzin, saludándola y besándole la mano–. ¡Qué buena es usted! Y Georges se ha marchado –mintió–. ¡Se ha marchado, el muy granuja! –se sentó con un suspiro y le acarició la mano con ternura–. Permita que me quede una horita con usted, amiga mía –prosiguió–. No me apetece volver a casa y es muy temprano para ir a la de Birshov. Los Birshov celebran hoy el cumpleaños de su hija Katia. ¡Una muchacha encantadora! –le serví un vaso de té y una garrafita de coñac. Él se bebió el té lentamente, con evidente desgana, y, al devolverme el vaso, me preguntó con timidez–: ¿No tiene usted, amigo, algo… para picar? Todavía no he comido.

No teníamos nada. Fui al restaurante y le traje un almuerzo corriente, de un rublo.

–¡A su salud, palomita! –dijo, dirigiéndose a Zinaída Fiódorovna y se bebió una copa de vodka–. Mi pequeña, su ahijada, le manda saludos. ¡La pobrecita tiene escrófula! ¡Ah, los niños, los niños! –suspiró–. Dígase lo que quiera, madrina, pero es una alegría ser padre. Georges no puede entender ese sentimiento.

Se bebió otra copa. Enjuto, pálido, con la servilleta en el pecho a modo de delantal, comía con avidez, al tiempo que, arqueando las cejas, miraba con aire culpable, como hacen los chiquillos, tan pronto a Zinaída Fiódorova como a mí. Daba la impresión de que, si no le hubiera llevado la becada o la jalea, se habría echado a llorar. Una vez saciada el hambre, se mostró más alegre y se puso a contar, entre risas, una anécdota sobre la familia Birshov, pero, al darse cuenta de que no tenía interés y de que Zinaída Fiódorovna no se reía, se calló. Y de pronto empezaron a aburrirse. Los dos guardaban silencio, alumbrados por una sola lámpara: a él le costaba trabajo mentir; a ella, por su parte, le habría gustado hacerle algunas preguntas, pero no acababa de decidirse. Así pasaron media hora. Al cabo de ese tiempo, Gruzin echó un vistazo al reloj.

–Es hora de que me vaya.

–No, quédese un poco más… Tenemos que hablar.

Volvieron a guardar silencio. Él se sentó al piano, apretó una tecla y luego se puso a tocar y cantar en voz baja: «¿Qué me deparará este día?», pero como de costumbre se levantó en seguida y sacudió la cabeza.

–Toque algo, compadre –le pidió Zinaída Fiódorovna.

–¿Qué? –preguntó él, encogiéndose de hombros–. He olvidado todo lo que sabía. Hace mucho tiempo que dejé la música.

Mirando el techo, como tratando de recordar, tocó dos piezas de Chaikovski con verdadero sentimiento, pasión y delicadeza. Su rostro tenía la misma expresión de siempre, ni inteligente ni estúpida, y a mí me parecía en verdad un milagro que un hombre al que estaba acostumbrado a ver en un ambiente tan mezquino y repugnante fuera capaz de sentimientos tan sublimes e inaccesibles para mí, de semejante pureza. Zinaída Fiódorovna se ruborizó y, llena de emoción, se puso a pasear por la sala.

–Espere, madrina –dijo–. Si logro acordarme, le tocaré una pieza más. La he oído al violonchelo –y se puso a tocar, primero inseguro y con titubeos, luego con aplomo, *La canción del cisne* de Saint-Saëns. Cuando acabó, la interpretó otra vez–. ¿No es bonita? –dijo.

Profundamente conmovida, Zinaída Fiódorovna se detuvo a su lado y le preguntó:

–Compadre, dígame con sinceridad, como un amigo: ¿qué piensa usted de mí?

–¿Qué quiere que le diga? –respondió él, arqueando las cejas–. Le tengo cariño y guardo una buena opinión de usted. Y, en cuanto a la cuestión que le interesa –prosiguió, frotándose la manga a la altura del codo y frunciendo el ceño–, le diré, querida… que seguir libremente los impulsos del corazón no siempre procura felicidad a los hombres decentes. En mi opinión, para sentirse libre y al mismo tiempo feliz, debe uno aceptar que la vida es cruel, ruda y despiadada en sus pautas y que hay que pagarle con la misma moneda, es decir, tenemos que ser no menos rudos y despiadados en nuestras ansias de libertad. Eso es lo que pienso.

–Nunca seré capaz de eso –dijo Zinaída Fiódorovna, con una triste sonrisa–. Estoy extenuada, compadre. Tan extenuada que ni siquiera soy capaz de mover un dedo para salvarme.

–Váyase a un convento, madrina –aunque lo dijo en broma, a Zinaída Fiódorovna se le llenaron los ojos de lágrimas, y luego también a él–. Bueno –añadió–. Es hora de que me vaya. Adiós, querida comadre. Que Dios le dé salud.

Le besó ambas manos, se las acarició con ternura y dijo que volvería al cabo de unos días. Una vez en el vestíbulo, se puso el

abrigo, parecido a un capote de niño, y pasó un buen rato rebuscando en los bolsillos para darme una propina, pero no encontró nada.

–¡Adiós, muchacho! –dijo con tristeza y salió.

Nunca olvidaré el estado de ánimo que dejó ese hombre al marcharse. Zinaída Fiódorovna seguía paseándose por la sala, muy agitada. El mero hecho de que se moviera, en lugar de quedarse tumbada, era una buena señal. Quise aprovechar esa nueva disposición para hablar francamente con ella y marcharme a continuación, pero apenas había tenido tiempo de acompañar a Gruzin cuando sonó el timbre. Era Kukushkin.

–¿Está en casa Gueorgui Iványich? –preguntó–. ¿Ha regresado ya? ¿Todavía no? ¡Qué pena! En tal caso, pasaré a besarle la mano a la señora y me marcharé. Zinaída Fiódorovna, ¿puedo entrar? –gritó–. Quiero besarle la mano. Perdone que venga tan tarde.

No se quedó mucho tiempo en la sala, diez minutos a lo sumo, pero yo tenía la sensación de que llevaba allí ya mucho rato y de que no se marcharía nunca. Me mordía los labios contrariado e iracundo, y hasta empecé a odiar a Zinaída Fiódorovna. «¿Por qué no lo echa?», me preguntaba indignado, aunque era evidente que la compañía de ese hombre la aburría.

Mientras lo ayudaba a ponerse el abrigo, me preguntó, en señal de su buena disposición hacia mí, cómo podía arreglármelas sin una mujer.

–Pero estoy seguro de que no pierdes el tiempo –dijo, riéndose–. Seguro que Polia y tú os dais buenos achuchones… ¡Bribón!

A pesar de mi experiencia en la vida, en aquella época no conocía bien a las personas, así que es muy posible que a menudo concediese una importancia excesiva a sucesos insignificantes y en cambio no prestara ninguna atención a las cosas de valor. Tenía la impresión de que las risitas y los halagos de Kukushkin no eran desinteresados: probablemente esperaba que yo, como buen lacayo, me pusiera a chismorrear con los criados y cocineras de las casas vecinas y propalara a los cuatro vientos que nos visitaba por la tarde, cuando Orlov no estaba en casa, y que se quedaba con Zinaída Fiódorovna hasta altas horas de la noche. Y, cuando mis cotilleos llegaran a oídos de sus conocidos, bajaría los ojos confuso y haría un gesto de amenaza con el dedo meñique. ¿O acaso esa misma noche –pensé, contemplando su rostro meloso y diminuto–, sentado a la mesa de juego, pretendería e incluso llegaría a insinuar que ya le había quitado la amante a Orlov?

El odio que me había faltado a mediodía, cuando nos visitó el anciano, se apoderó ahora de mí. Kukushkin se marchó por fin, y yo me quedé escuchando el crujido de sus chanclos de cuero, sintiendo un deseo enorme de dirigirle, a modo de despedida, algún insulto

grosero, pero me contuve. Cuando sus pasos se aquietaron en la escalera, regresé al vestíbulo y, sin saber lo que hacía, cogí el rollo de papeles olvidado por Gruzin, me precipité escaleras abajo y eché a correr sin gorro y sin abrigo. No hacía mucho frío, pero caía una copiosa nevada y soplaba el viento.

–¡Excelencia! –grité, cuando alcancé a Kukushkin–. ¡Excelencia! –Kukushkin se detuvo junto a una farola y volvió la cabeza sorprendido–. ¡Excelencia! –repetí, jadeando–. ¡Excelencia!

Y sin acertar a decir nada, le propiné un par de golpes en la cara con el rollo de papeles. Completamente desorientado, hasta el punto de no expresar ni siquiera asombro –tanta perplejidad le había causado mi proceder–, apoyó la espalda en la farola y se cubrió el rostro con las manos. En ese momento pasó junto a nosotros un médico militar y vio que estaba golpeando a un hombre, pero se limitó a mirarnos con sorpresa y siguió su camino.

Me sentí avergonzado y volví corriendo a la casa.

XII

Jadeante, con la cabeza húmeda de nieve, entré en mi habitación, me quite la librea, me puse la chaqueta y el abrigo y saqué mi maleta al vestíbulo. ¡Tenía que huir! Pero, antes de hacerlo, me senté con premura y me puse a escribir a Orlov:

> Aquí le dejo mi pasaporte falso –empecé–. ¡Le ruego que lo conserve como recuerdo, hombre falaz, señor funcionario de Petersburgo!
>
> Introducirse en una casa con nombre supuesto, observar, protegido por la máscara de criado, la vida íntima de otras personas, verlo y escucharlo todo, para luego, sin que nadie lo pida, revelar la hipocresía de otro hombre: todo eso, dirá usted, se parece a un robo. Es verdad, pero no estoy ahora para lindezas. He asistido a decenas de almuerzos y cenas en esta casa, en cuyo transcurso ha dicho y hecho usted lo que se le ha antojado, mientras yo tenía que oír, ver y callar, pero eso se ha acabado. Además, si no hay a su alrededor una sola persona decente que tenga el valor de decirle la verdad, en lugar de adularlo, el criado Stepán se encargará de lavarle su magnífica cara.

Ese comienzo no me gustó, pero no tenía ganas de corregirlo. Por lo demás, ¿no daba lo mismo?

Las grandes ventanas con cortinas oscuras, la cama, la librea arrugada por el suelo y las huellas húmedas de mis pies tenían un aspecto triste y sombrío. Y el silencio era en cierto modo especial.

Empecé a sentir un intenso calor, probablemente por haber salido a la calle sin gorro y sin chanclos. La cara me ardía, me dolían las piernas… Me costaba trabajo mantener la cabeza erguida sobre la mesa y mis pensamientos parecían desdoblarse, como si cada idea, en mi cerebro, proyectase su propia sombra.

> Soy un hombre enfermo, débil, moralmente envilecido –proseguí–. No consigo escribirle lo que quisiera. En un principio, sentía deseos de ofenderlo y humillarlo, pero ahora me

he dado cuenta de que no tengo ningún derecho a actuar de ese modo. Usted y yo hemos caído y jamás nos levantaremos, de manera que mi carta, aunque fuera elocuente, incisiva y perentoria, seguiría pareciendo un golpecito en la tapa de un ataúd: ¡ya puede llamar uno, que el muerto no se despertará! Ningún esfuerzo puede calentar esa maldita y fría sangre suya, y eso lo sabe usted mejor que yo. Entonces, ¿por qué le escribo? No obstante, mi cabeza y mi corazón arden, y sigo escribiendo. Por alguna razón, me embarga la emoción, como si esa carta pudiera salvarnos a usted y a mí. La fiebre confunde mis pensamientos y la pluma traza en el papel palabras sin sentido, pero la cuestión que quiero plantearle se alza ante mí con toda claridad, brillante como una antorcha.

No es difícil explicar por qué he perdido las fuerzas y he caído antes de tiempo. Como el gigante bíblico, he cargado sobre mis espaldas las puertas de Gaza[10] para llevarlas a la cima del monte, pero sólo cuando perdí todo mi vigor, cuando la juventud y la salud me abandonaron para siempre, me di cuenta de que eran demasiado pesadas para mis hombros y de que me había engañado a mí mismo. Además, me atormentaba un dolor constante y cruel. He padecido hambre, frío, enfermedades, privación de libertad; no he conocido ni conozco la felicidad personal; carezco de hogar, mis recuerdos son opresivos y mi conciencia los teme. Pero ¿por qué ha caído usted? ¿Qué causas fatídicas y diabólicas han impedido que su vida brotara y se abriera como una flor primaveral? ¿Por qué, cuando apenas había empezado a vivir, se apresuró a renegar de la imagen y semejanza de Dios y se transformó en una bestia cobarde que, llevada de su propio miedo, espanta con sus ladridos a los demás? Teme usted a la vida; la teme como ese asiático que se pasa días enteros en su colchón de plumas, fumando el narguile. Sí, lee mucho y le sienta muy bien el frac europeo, pero con qué esmero, con qué cuidado puramente asiático, digno de un *jan*, se protege del hambre, del frío, del esfuerzo físico, del dolor y de la inquietud, con qué presteza su alma se oculta detrás de una bata oriental, qué cobardía ha mostrado ante la realidad y la naturaleza, a la que cualquier hombre sano y normal se enfrenta. Qué vida más muelle, cómoda, cálida y confortable es la suya, pero también qué aburrida. Sí, un aburrimiento tan mortal y desesperante como el de una celda de castigo, pero también procura usted ocultarse de ese enemigo: se pasa jugando a las cartas ocho horas al día.

¿Y qué decir de su ironía? ¡Ah, qué bien la entiendo! Un pensamiento vivo, libre y audaz es escrutador e imperioso; para un temperamento indolente y perezoso resulta insoportable. Para que el pensamiento no turbara su quietud, usted, como miles de coetáneos suyos, se apresuró, ya en sus días de juventud, a encerrarlo dentro de ciertos límites; se ha armado de una actitud irónica ante la vida (llámela usted como quiera), y el pensamiento, oprimido y asustado, no se atreve a saltar la valla que ha levantado usted a su alrededor y, cuando se burla usted de las ideas, que pretende conocer en *su totalidad*, se parece a ese desertor que huye ignominiosamente del campo de batalla y, para acallar su propia vergüenza, se burla de la guerra y del valor. El cinismo ahoga el dolor. En una novela de Dostoievski un anciano pisotea el retrato de su amada hija porque se siente culpable ante ella[11]; usted se ríe de modo abominable y vulgar de las ideas de bondad y verdad, porque ya no tiene fuerzas para volver a ellas. Cualquier alusión sincera y justa a su caída le aterra, y se ha rodeado a propósito de personas que sólo saben aplaudir sus debilidades. ¡No en vano, no en vano lo asustan a usted las lágrimas!

Permítame ahora que dedique unas palabras a su actitud con las mujeres. La desvergüenza la hemos heredado con la carne y con la sangre, en la desvergüenza hemos sido educados, pero somos hombres y eso quiere decir que debemos someter a la bestia que hay en nosotros. Al madurar y llegar a conocer *todas* las ideas, usted no podía dejar de ver la verdad; la reconoció, pero, en lugar de perseguirla, se asustó de

ella y, para engañar a su propia conciencia, empezó a decir en voz alta que la culpa no era suya, sino de las mujeres, que las mujeres eran tan viles como su actitud con ellas. ¿Acaso esas anécdotas frías y escabrosas, esas risotadas caballunas, esas innumerables teorías suyas sobre la esencia del matrimonio y sus exigencias imprecisas, sobre los diez *sous* que paga el obrero francés por una mujer, así como sus continuas alusiones a la lógica de las mujeres, a su falsedad, debilidad y demás, no revelan en su conjunto el deseo de arrastrar a la mujer por el fango a cualquier precio, para que ella y su actitud estén al mismo nivel? Es usted un hombre débil, desdichado, desagradable.

Zinaída Fiódorovna tocaba el piano en la sala, tratando de recordar la canción de Saint-Saëns que había interpretado Gruzin. Me acerqué a la cama y me tumbé, pero, al recordar que había llegado el momento de marcharme, me levanté con esfuerzo y volví a sentarme a la mesa, con la cabeza pesada y ardiendo de fiebre.

Pero la cuestión es la siguiente –proseguí–: ¿por qué nos hemos agotado? ¿Por qué siendo en un principio tan apasionados, audaces, nobles e idealistas, nos convertimos a los treinta o treinta y cinco años en una ruina absoluta? ¿Por qué uno se consume de tisis, otro se pega un tiro en la cabeza, un tercero busca olvido en el vodka y en los naipes, un cuarto, para ahogar su miedo y su pesadumbre, pisotea cínicamente el retrato de su pura y hermosa juventud? ¿Por qué, tras caer una vez, no nos esforzamos en levantarnos y, tras perder una cosa, no tratamos de buscar otra? ¿Por qué?

El ladrón colgado en la cruz supo recobrar la alegría de vivir y tuvo el valor de albergar una esperanza segura, aunque quizá no le quedara más que una hora de vida. Usted tiene por delante largos años y yo probablemente no muera tan pronto como parece. ¿Y si por un milagro el presente resultara ser un sueño, una terrible pesadilla de la que nos despertáramos renovados, puros, fuertes, orgullosos de nuestra verdad?... Dulces ilusiones arden dentro de mí, y la emoción casi me impide respirar. Siento unos deseos enormes de vivir y quisiera que nuestra vida fuera sagrada, sublime y solemne como la bóveda celeste. ¡Vivamos! El sol no sale dos veces al día y la vida no se concede dos veces, así que aférrese con fuerza a los restos de su vida y sálvelos…

No escribí una palabra más. En mi cabeza revoloteaban muchos pensamientos, pero todos se disolvían sin llegar a concretarse en frases sobre el papel. Dejé la carta inacabada, añadí mi nombre, mi apellido y mi rango y me dirigí al despacho. Reinaba la oscuridad. Encontré a tientas el escritorio y deposité la carta. Como me movía en medio de la penumbra, debí de tropezar con un mueble y hacer ruido.

–¿Quién está ahí? –me llegó desde la sala una voz inquieta.

En ese momento el reloj que había sobre el escritorio dio la una de la noche con un leve rumor.

XIII

Rodeado por esa espesa tiniebla, pasé al menos medio minuto buscando a tientas la puerta, luego la abrí poco a poco y entré en la sala. Zinaída Fiódorovna, que estaba tumbada en el sofá, se incorporó sobre un codo y se me quedó mirando. Sin decidirme a hablar, pasé lentamente a su lado, y ella me siguió con los ojos. Me quedé parado unos instantes y de nuevo pasé a su lado; ella me contemplaba con atención y perplejidad, incluso con miedo. Por fin me detuve y, haciendo un esfuerzo, le dije:

–¡No regresará! –ella se levantó con premura y me dirigió una mirada de incomprensión–. ¡No regresará! –repetí, sintiendo que los latidos de mi corazón se desbocaban–. No regresará porque no ha salido de San Petersburgo. Está viviendo en casa de Pekarski.

Ella me entendió y me creyó, como certificaba su repentina palidez y el hecho de que de pronto cruzara los brazos sobre el pecho en un gesto de temor y súplica. En un instante pasó por su memoria el pasado reciente, sopesó diversas circunstancias y vio toda la verdad con claridad implacable. Pero al mismo tiempo recordó que yo era un criado, un ser inferior… Un granuja con el cabello alborotado y la cara enrojecida por la fiebre, tal vez borracho, con un abrigo vulgar, que se había entrometido con la mayor descortesía en su vida privada, y eso la ofendió. Me dijo con severidad:

–Nadie le ha preguntado nada. Váyase.

–¡Ah, créame! –exclamé yo exaltado, tendiendo los brazos hacia ella–. No soy ningún criado, sino un hombre tan libre como usted –le revelé cuál era mi verdadero nombre y, sin perder un instante, para que no me interrumpiera ni se retirara a su habitación, le expliqué quién era y por qué vivía en esa casa. Ese segundo descubrimiento le

causó aún más asombro que el primero. Antes, al menos, le quedaba la esperanza de que el criado hubiese mentido, se hubiera equivocado o hubiese dicho una bobada; ahora, en cambio, después de mi confesión, no le quedaba la menor duda. Por la expresión de sus desventurados ojos y de su rostro, que de pronto se volvió feo, porque había envejecido y perdido su frescura, entendí que sus sufrimientos eran insoportables y que esa conversación tendría consecuencias desastrosas; pero proseguí mi discurso con el mismo acaloramiento–. Se inventó lo del senador y lo de la inspección para engañarla a usted. Y en enero sucedió lo mismo que ahora: no se fue a ningún sitio, se quedó en casa de Pekarski; yo lo veía cada día y participaba en el engaño. Era usted una carga, su presencia aquí se había vuelto odiosa, se reían de usted… ¡Si hubiera oído cómo sus amigos y él se burlaban de usted y de su amor, no se quedaría aquí ni un minuto más! ¡Salga de esta casa! ¡Huya!

–Bueno, ¿y qué? –dijo ella con voz trémula, pasándose la mano por los cabellos–. Bueno, ¿y qué? Me da igual –tenía los ojos llenos de lágrimas, le temblaban los labios y todo su rostro, mortalmente pálido, estaba demudado por la ira. La grosera y mezquina mentira de Orlov le repugnaba, se le antojaba despreciable, ridícula. Sonreía, y esa sonrisa me desagradaba–. Bueno, ¿y qué? –repitió, y de nuevo se pasó la mano por los cabellos–. Me da lo mismo. Él se imagina que me muero de humillación cuando en verdad… me da risa. No hay razón para que se oculte –se apartó del piano y añadió, encogiéndose de hombros–: No hay razón… Sería más sencillo explicarse que esconderse e ir dando tumbos por casas ajenas. Tengo ojos y hace tiempo que me he dado cuenta de lo que pasa… pero estaba esperando que apareciera para aclarar las cosas de una vez por todas.

Luego se sentó en el sillón, junto a la mesa, apoyó la cabeza en el brazo del sofá y estalló en amargos sollozos. Una sola vela ardía en el candelabro de la sala y el sillón estaba rodeado por sombras, pero yo veía que su cabeza y sus hombros temblaban, que el peinado se le deshacía y los cabellos le cubrían el cuello, el rostro, los brazos… Era el suyo un llanto sosegado y uniforme, sin histerismos de ningún tipo, un simple llanto de mujer, en el que vibraba la ofensa, el orgullo herido, el ultraje y el convencimiento de que era una situación irremediable, desesperada, sin arreglo posible, a la que, sin embargo, no era posible acostumbrarse. Su llanto causó una profunda impresión en mi alma emocionada y sufriente; olvidado de mi enfermedad y del mundo entero, iba de un extremo al otro de la habitación, murmurando desconcertado:

–¿Qué clase de vida es ésta? ¡Ah, así no se puede vivir! ¡No se puede! Esto es una locura, un crimen, cualquier cosa menos vida.

–¡Qué humillación! –dijo entre lágrimas–. Vive conmigo… Me

sonríe y al mismo tiempo me considera una carga; se burla de mí… ¡Ah, qué humillación! –alzó la cabeza y, mirándome con ojos llorosos a través de los cabellos bañados en lágrimas, que apartó de la cara para verme mejor, preguntó–: ¿Se reían?

–Esos hombres se burlaban de usted, de su amor y de Turguénev, de cuyas obras, por lo visto, se ha llenado usted la cabeza. Y, si ahora mismo usted y yo muriéramos de desesperación, también lo encontrarían ridículo. Inventarían una broma divertida y la contarían en su funeral. Pero ¿por qué seguimos hablando de ellos? –dije con impaciencia–. Hay que salir de aquí. Yo no puedo quedarme ni un minuto más –ella de nuevo se echó a llorar, mientras yo me acercaba al piano y me sentaba–. ¿A qué estamos esperando? –pregunté desanimado–. Son más de las dos.

–Yo no espero nada –comentó–. Mi vida está arruinada.

–¿Por qué dice eso? Más valdría que pensáramos juntos lo que debemos hacer. Ni usted ni yo podemos quedarnos ya aquí… ¿Adónde tiene intención de ir?

De pronto sonó el timbre en la entrada. El corazón me dio un vuelco. ¿No sería Orlov, a quien Kukushkin se había quejado de mi conducta? ¿Cómo nos comportaríamos el uno con el otro? Fui a abrir. Era Polia. Entró, se sacudió la nieve de su capa en el vestíbulo y, sin decirme ni una sola palabra, se dirigió a su cuarto. Cuando regresé a la sala, Zinaída Fiódorovna, pálida como una muerta, estaba en medio de la habitación, mirándome con ojos desencajados.

–¿Quién era? –preguntó en voz queda.

–Polia –respondí yo.

Se pasó una mano por los cabellos y cerró los ojos extenuada.

–Voy a marcharme de aquí ahora mismo –dijo–. ¿Sería usted tan amable de acompañarme a Peterbúrgskaia Storoná. ¿Qué hora es?

–Las tres menos cuarto.

XIV

La calle estaba oscura y desierta cuando, al poco rato, salimos de la casa. Caía una nieve casi líquida y un viento húmedo azotaba el rostro. Recuerdo que estábamos a principios de marzo, había empezado el deshielo y los coches habían sustituido los patines por las ruedas desde hacía algunos días. Desconcertada por la visión de la escalera de servicio, por el frío, por la tiniebla nocturna y por el portero con abrigo de piel de cordero que nos interrogó antes de abrirnos la puerta, Zinaída Fiódorovna había perdido todas las fuerzas y el poco ánimo que le quedaba. Cuando subimos a un coche y bajamos la capota, ella me expresó su agradecimiento con palabras atropelladas, temblando de pies a cabeza.

–No dudo de su buena voluntad, pero me da vergüenza causarle tantas molestias… –murmuraba–. Ah, ya lo entiendo, ya lo entiendo… Esta tarde, cuando Gruzin vino a verme, noté que me estaba mintiendo, que ocultaba algo. Bueno, ¿y qué? Me da lo mismo. En cualquier caso, lamento causarle tantas molestias.

Aún albergaba algunas dudas. Para disiparlas de una vez por todas, ordené al cochero que pasara por la calle Serguiévskaia. Cuando nos detuvimos delante de la casa de Pekarski, me apeé del coche y llamé. En cuanto apareció el portero, le pregunté en voz alta, para que Zinaída Fiódorovna pudiera oírlo, si Gueorgui Iványich estaba en casa.

–Sí –respondió–. Llegó hace media hora. Seguramente estará durmiendo. ¿Qué es lo que quieres?

Zinaída Fiódorovna, incapaz de contenerse, asomó la cabeza por la ventanilla del coche.

–¿Y cuánto tiempo lleva Gueorgui Iványich viviendo aquí? –preguntó.

–Casi tres semanas.

–¿Y no ha ido a ningún sitio de viaje?

–No, señora –respondió el portero y me miró estupefacto.

–Mañana a primera hora infórmale de que ha llegado su hermana de Varsovia –dije–. Adiós.

Nos pusimos de nuevo en marcha. Como el carruaje carecía de manta para cubrir las piernas, la nieve caía sobre nosotros en gruesos copos y el viento, sobre todo en las proximidades del Nevá, calaba hasta los huesos. Tenía la impresión de que llevábamos mucho tiempo viajando, mucho tiempo sufriendo, y de que hacía ya un buen rato que oía la respiración entrecortada de Zinaída Fiódorovna. Fugazmente, en una suerte de delirio, como en un duermevela, repasé mi extraña y desencaminada vida, y por alguna razón me vino a la memoria el melodrama *Los pobres de París*[12] que había visto un par de veces en mi infancia. Sin saber por qué, cuando quise sacudirme esa especie de modorra, mirando hacia fuera, y contemplé el amanecer, todas las imágenes del pasado, todos los pensamientos nebulosos, se fundieron de golpe en un solo pensamiento, preciso y acuciante: Zinaída y yo estábamos perdidos sin remedio. Estaba firmemente convencido, como si el cielo azul me hubiera comunicado una profecía, pero al cabo de un momento pensaba ya en otra cosa y albergaba otras seguridades.

–¿Qué va ser ahora de mí? –dijo Zinaída Fiódorovna con una voz ronca por el frío y la humedad–. ¿Adónde voy a ir? ¿Qué voy a hacer? Gruzin me dijo que ingresara en un convento. ¡Ah, lo haría con gusto! Cambiaría de atuendo, de cara, de nombre, de ideas… Todo cambiaría, y me ocultaría allí para siempre. Pero no me admitirán: estoy embarazada.

–Mañana nos iremos juntos al extranjero –dije.

–Imposible. Mi marido se negará a darme el pasaporte.

–La sacaré del país sin pasaporte.

El cochero se detuvo frente a una casa de madera de dos plantas, pintada de un color oscuro. Llamé. Cogiendo de mis manos una pequeña y ligera cesta, el único equipaje que habíamos llevado con nosotros, Zinaída Fiódorovna esbozó una amarga sonrisa y dijo:

–Son mis *bijoux*[13].

Pero estaba tan débil que ni siquiera era capaz de cargar con esas *bijoux*. Tardaron en abrirnos. Después de la tercera o cuarta llamada en las ventanas parpadeó una luz, y a continuación se oyeron pasos, toses, susurros; por último, chirrió el cerrojo y apareció en el umbral una mujer gorda, de cara roja y asustada. Detrás de ella, a cierta distancia, había una viejecita delgada, de pelo corto y canoso, con una blusa blanca y una vela en la mano. Zinaída Fiódorovna se precipitó en el zaguán y se arrojó al cuello de esa viejecita.

–¡Nina, me ha engañado! –exclamó entre fuertes sollozos–. ¡Me ha

engañado de la forma más vil y miserable! ¡Nina! ¡Nina!

Le alargué la cesta a la mujer. Aunque cerraron la puerta, seguían oyéndose gritos y sollozos: «¡Nina! ¡Nina!». Subí al carruaje y le pedí al cochero que me llevara sin prisas a la avenida Nevski. Tenía que pensar en algún lugar para pasar la noche.

Al día siguiente, a media tarde, fui a ver a Zinaída Fiódorovna. Estaba muy cambiada. En su rostro pálido y demacrado no había ni rastro de lágrimas, y su expresión era distinta. No sé si esa impresión se debía a que la veía en otro ambiente, en absoluto lujoso, y a que nuestras relaciones eran diferentes, o a que el intenso dolor había dejado ya su huella en los rasgos de su cara, pero no me pareció tan elegante y refinada como antes; era como si su figura se hubiera vuelto más menuda, y en sus gestos, en sus andares y en su rostro advertí un nerviosismo excesivo, cierta precipitación, como si tuviera prisa; en cuanto a su anterior delicadeza, había desaparecido hasta de su sonrisa. Yo iba vestido con un traje caro que me había comprado ese mismo día. Lo primero en lo que se fijó fue en ese traje y en el sombrero que llevaba en la mano; luego se quedó mirando mi rostro con ojos impacientes y escudriñadores, como estudiándolo.

–Su transformación sigue pareciéndome un milagro –dijo–. Perdone que lo examine con tanta curiosidad. Es usted una persona fuera de lo común.

Le conté una vez más quién era y por qué vivía en casa de Orlov, ofreciéndole un relato más prolijo y detallado que la víspera. Ella me escuchó con gran atención y, sin dejarme terminar, comentó:

–Allí todo ha terminado para mí. ¿Sabe usted? No he podido contenerme y he escrito una carta. Ésta es la contestación.

En la hoja que me tendió podían leerse las siguientes razones, escritas de puño y letra de Orlov:

> No tengo intención de justificarme. Pero reconozca que ha sido usted la que se ha equivocado, no yo. Le deseo felicidad y le ruego que me olvide cuanto antes.
>
> Su humilde servidor, G. O.
>
> P. D. Le mando sus cosas.

Los baúles y las cestas enviados por Orlov estaban en una sala; entre ellos se encontraba también mi pobre maleta.

–Así pues… –dijo Zinaída Fiódorovna y no terminó la frase.

Guardamos silencio unos instantes. Ella cogió la nota y durante un par de minutos la sostuvo delante de los ojos, mientras su rostro adoptaba esa expresión bastante altiva, desdeñosa, dura y orgullosa que tenía la víspera, al comienzo de nuestra explicación; algunas lágrimas asomaron a sus ojos, pero ya no brotaban de un sentimiento

de timidez y amargura, sino de orgullo y rabia.

–Escuche –añadió, levantándose bruscamente y acercándose a la ventana para que no viera su cara–. He decidido marcharme mañana al extranjero con usted.

–Estupendo. Yo estoy dispuesto a partir hoy mismo.

–Lléveme con usted. ¿Ha leído a Balzac? –preguntó de pronto, volviéndose–. Su novela *Père Goriot* acaba con una escena en la que el protagonista contempla París desde la cima de una colina y amenaza a la ciudad: «¡Ahora ajustaremos cuentas!», y a continuación inicia una nueva vida. También yo, cuando vea San Petersburgo por última vez, desde la ventanilla del vagón, le diré: «¡Ahora ajustaremos cuentas!».

Y, tras pronunciar esas palabras, se rió de su propia broma y, por alguna razón, se estremeció.

XV

En Venecia se me declaró una pleuritis. Probablemente me resfrié la noche en que nos dirigimos en barca desde la estación hasta el hotel Bauer. Desde el primer día tuve que guardar cama, y no pude levantarme en dos semanas. Cada mañana, mientras estuve enfermo, Zinaída Fiódorovna salía de su habitación para tomar el café conmigo y después me leía libros franceses y rusos que habíamos comprado en Viena. Esas obras me eran conocidas de antaño o no me interesaban, pero a mi lado resonaba una voz dulce y querida, así que, en el fondo, su contenido se reducía para mí a una sola cosa: no estaba solo. Ella salía a dar un paseo, regresaba con su vestido gris claro y un ligero sombrero de paja, alegre, caldeada por el sol primaveral, se sentaba junto a la cama, se inclinaba sobre mi cara y me contaba alguna cosa de Venecia o me leía alguno de esos libros. Y yo me sentía feliz.

Por la noche tenía frío, me sentía mal y me aburría, pero de día me embriagaba de vida –no se me ocurre una expresión mejor–. El sol cálido y brillante que penetraba por las ventanas abiertas y la puerta del balcón, los gritos abajo, el chapoteo de los remos, el repicar de las campanas, el retumbante estrépito del cañón a mediodía y el sentimiento de plena libertad obraban milagros en mí. Era como si tuviera en los costados unas alas fuertes y anchas que me llevaran Dios sabe adónde. Y qué delicia, qué alegría me embargaba a veces, cuando pensaba que junto a mi vida discurría ahora otra vida, que me había convertido en siervo, guardián, amigo y compañero indispensable de una criatura joven, hermosa y rica, ¡pero débil, ofendida y sola! Hasta estar enfermo es un placer cuando sabes que hay alguien que espera tu restablecimiento como una fiesta. Una vez oí que Zinaída Fiódorovna cuchicheaba al otro lado de la puerta con el

médico; luego entró en mi habitación con ojos llorosos –una mala señal–, pero yo estaba conmovido y sentía una extraordinaria ligereza en el alma.

Por fin se me permitió salir al balcón. El sol y la leve brisa marina acariciaban mi cuerpo enfermo. Yo contemplaba las familiares góndolas, que se deslizaban con gracia femenina, serenas y majestuosas, como si vivieran y sintieran toda la magnificencia de esa cultura original y fascinante. Olía a mar. En algún lugar se oían las cuerdas de un instrumento y el canto de dos voces. ¡Qué maravilla! ¡Qué diferencia con esa noche petersburguesa en que caía una nieve líquida y el viento me azotaba el rostro con tanta rudeza! Si seguía con la vista el curso del canal, podía divisar la laguna y, en el fondo, el sol sobre el horizonte, cuyos reverberos en el agua eran tan brillantes que hacían daño a la vista. Mi alma sentía nostalgia de mi querido mar nativo, al que había ofrendado mi juventud. ¡Ansiaba vivir! ¡Vivir y nada más!

Al cabo de dos semanas empecé a moverme a mi antojo. Me gustaba sentarme al sol, escuchar a los gondoleros, a quienes no entendía, y pasar horas contemplando la casita donde, según dicen, vivió Desdémona, una casita modesta y melancólica, de aspecto virginal, delicada como un encaje y tan ligera que daba la impresión de que uno podría cambiarla de lugar con una sola mano. Pasaba largo rato junto a la tumba de Canova, sin apartar la vista del triste león. Y en el palacio de los dux me atraía siempre el rincón donde el desventurado Marino Faliero[14] había sido embadurnado de pintura negra. «Qué maravilloso ser artista, poeta, dramaturgo –pensaba yo–. Pero ya que todo eso está por encima de mis posibilidades, me gustaría al menos abandonarme al misticismo.» ¡Ah, si hubiera podido acompañar esa plácida serenidad, esa satisfacción que colmaba mi alma, de una pizca de fe!

Por las tardes comíamos ostras, bebíamos vino, paseábamos en barca. Recuerdo cómo se mecía suavemente nuestra góndola negra, sin moverse de su sitio, mientras el agua rompía con leve rumor contra el casco. Aquí y allá temblaban y oscilaban los reflejos de las estrellas y de las luces de la costa. No lejos de nosotros, en una góndola engalanada con faroles coloreados, que se reflejan en el agua, cantaban algunas personas. El sonido de las guitarras, de los violines, de las mandolinas, así como las voces masculinas y femeninas, se difundían en la penumbra, y Zinaída Fiódorovna, pálida, con expresión seria, casi severa, sentada a mi lado, apretaba con fuerza los labios y los puños. Tenía el pensamiento en otro lugar, y no movía una ceja ni me escuchaba. Su rostro, su postura, su mirada inmóvil y vacía, esos recuerdos inusitadamente sombríos, desolados y fríos como la nieve, y alrededor las góndolas, las luces, la música y esa canción

acompañada de un grito enérgico y apasionado: «¡Jam-mo!… ¡Jam-mo»!… ¡Qué contrastes tiene la vida! Cuando adoptaba esa postura y se quedaba como petrificada, afligida, con los puños apretados, me figuraba que ambos éramos personajes de una de esas novelas pasadas de moda, titulada *La desventurada*, *La abandonada* o algo por el estilo. Vaya pareja: ella, desventurada, abandonada, y yo, su amigo devoto y fiel, un soñador y, si me apuran, un hombre superfluo, un fracasado, incapaz de otra cosa más que de toser, soñar y acaso sacrificarse… pero ¿a quién o a qué podían servir ahora mis sacrificios? ¿Y qué iba a sacrificar, si me permiten la pregunta?

Después del paseo vespertino tomábamos el té en su habitación y charlábamos. No teníamos miedo de hurgar en viejas heridas, aún sin cicatrizar; al contrario, por alguna razón, hasta experimentaba placer cuando le hablaba de mi vida en casa de Orlov o aludía sin tapujos a unas relaciones que conocía de sobra y que no podían ocultárseme.

–En ciertos momentos la odiaba –le decía–. Cuando Orlov se mostraba caprichoso, hablaba con ese tono condescendiente y le mentía, me sorprendía que no se percatara ni se diera usted cuenta de nada, a pesar de lo claro que estaba todo. En lugar de eso, le besaba las manos, se ponía de rodillas, lo adulaba…

–Cuando… le besaba las manos y me ponía de rodillas, lo quería… –decía ella, ruborizándose.

–¿Acaso era tan difícil adivinar lo que pensaba de verdad? ¡Menuda esfinge! ¡Una esfinge disfrazada de gentilhombre de cámara! No le hago ningún reproche, Dios me libre –proseguía yo, comprendiendo que era un tanto descortés, que carecía del tacto y la delicadeza necesarias para tratar con un alma ajena, un defecto en el que no había reparado nunca antes de conocerla–. Pero ¿cómo es posible que no adivinara usted la verdad? –repetía, aunque ya en voz más baja y tono más inseguro.

–Quiere usted decir que desprecia mi pasado, y tiene razón –decía ella muy alterada–. Pertenece usted a esa categoría especial de personas a las que no se puede medir con el mismo rasero que a los demás mortales; sus exigencias morales se distinguen por su excepcional severidad y no es usted capaz de perdonar, me doy perfecta cuenta; le entiendo y, si alguna vez le contradigo, eso no significa que vea las cosas de manera distinta; digo las mismas bobadas de siempre simplemente porque aún no he tenido tiempo de desprenderme de mis viejos ropajes y prejuicios. Yo también odio y desprecio mi pasado, detesto a Orlov y mi amor por él… ¿Qué clase de amor era ése? Ahora todo eso hasta me parece ridículo –decía, acercándose a la ventana y contemplando el canal–. Esos amores no hacen más que enturbiar la conciencia y desconcertar. El sentido de la vida reside sólo en la lucha. ¡Dar un taconazo a una vil cabeza de

serpiente y sentir cómo se quiebra! Ahí es donde está el sentido. Ahí o en ninguna otra parte.

Le contaba extensos episodios de mi pasado y le refería mis aventuras, en verdad sorprendentes. Pero no decía ni una palabra del cambio que se había operado en mí. Ella me escuchaba siempre con gran atención y en los pasajes más interesantes se retorcía las manos, como si lamentara no haber tomado parte en tales aventuras, ni experimentado esos temores y alegrías, pero de pronto se quedaba pensativa, ensimismada, y por la expresión de su cara yo me daba cuenta de que no me estaba escuchando.

Llegados a ese punto, cerraba las ventanas que daban al canal y le preguntaba si quería que encendiera la estufa.

–No, déjelo. No tengo frío –respondía ella, con una lánguida sonrisa–, pero me noto muy débil. ¿Sabe? Tengo la impresión de que en los últimos tiempos me he vuelto mucho más inteligente. Por ejemplo, cuando pienso en el pasado, en mi vida de entonces… bueno, y en la gente en general, todo se funde en una sola cosa: la imagen de mi madrastra, grosera, insolente, desalmada, falsa, depravada y, por si eso fuera poco, morfinómana. Mi padre, hombre flojo y sin carácter, se casó con mi madre por dinero y no paró hasta que ella contrajo la tuberculosis; en cambio a su segunda esposa, mi madrastra, la quería con pasión, con locura… ¡Lo que tuve que soportar! En fin, para qué hablar. Como digo, todo se funde en una sola imagen… Y me da rabia que mi madrastra se haya muerto. ¡Cómo me gustaría verla ahora!

–¿Para qué?

–Pues no lo sé… –respondió ella con una sonrisa, sacudiendo con elegancia la cabeza–. Buenas noches. A ver si se pone usted bueno. En cuanto se restablezca, nos ocuparemos de nuestros asuntos… Que ya va siendo hora –después de despedirme, cuando ya había asido el picaporte de la puerta, me preguntó–: ¿Cree usted que Polia seguirá en la casa?

–Lo más seguro.

Y me iba a mi habitación. Así pasamos un mes entero. Un día de cielo encapotado, a eso del mediodía, estábamos asomados a la ventana de mi habitación, contemplando en silencio las nubes que venían del mar y el canal azulado, esperando que de un momento a otro empezase a llover; de pronto, una estrecha y compacta franja de lluvia, como una gasa, oscureció la laguna, y en ese instante a los dos nos ganó el aburrimiento. Ese mismo día partimos para Florencia.

XVI

Había llegado ya el otoño, y nos encontrábamos en Niza. Una mañana, cuando entré en su habitación, la hallé sentada en un sillón, con las piernas cruzadas, encorvada, demacrada, con la cara cubierta con las manos, llorando amargamente, sollozando, los largos cabellos despeinados cayendo sobre sus rodillas. La impresión causada por el mar maravilloso y magnífico que acababa de ver, y que quería comunicarle, desapareció como por ensalmo, y el corazón se me encogió de dolor.

–¡Qué le pasa? –le pregunté; ella apartó una mano de la cara y me hizo un gesto para que saliera–. Pero ¿qué le pasa? –repetí, y por primera vez desde que nos conocíamos le besé la mano.

–¡Nada! ¡No es nada! –exclamó con premura–. Ah, no es nada, no es nada… Márchese… Ya ve que no estoy vestida.

Salí terriblemente confuso. La calma y la serenidad de las que tanto tiempo había disfrutado, se veían ahora envenenadas por un sentimiento de compasión. Sentí un deseo acuciante de arrojarme a sus pies, de suplicarle que no llorara a solas, que compartiera su pena conmigo, y el rumor uniforme del mar resonaba ya en mis oídos como una oscura profecía, pues preveía ya nuevas lágrimas, nuevas aflicciones y pérdidas. «¿Por qué, por qué llora?», me preguntaba, recordando su rostro y su sufriente mirada. Me acordé de que estaba embarazada. Trataba de ocultar su estado a los demás y a sí misma. En el hotel llevaba una blusa ancha o una camisa con muchos pliegues a la altura del pecho, y cuando salíamos, se apretaba tanto el corsé que ya en dos ocasiones se había desmayado mientras paseábamos. Nunca hablaba conmigo de su embarazo, y una vez, cuando le sugerí que no sería una mala idea consultar a un médico, se ruborizó y no

dijo ni una palabra.

Cuando, al cabo de un rato, volví a su habitación, ya estaba vestida y peinada.

–¡Basta, basta! –exclamé, viendo que estaba a punto de echarse a llorar otra vez–. Será mejor que vayamos a dar un paseo por la orilla del mar y charlemos un poco.

–No puedo hablar. Perdóneme, pero en estos momentos me apetece estar sola. Y otra cosa, Vladímir Iványich: la próxima vez, cuando quiera entrar en mi habitación, haga el favor de llamar primero a la puerta.

Ese «primero» me sonó de un modo particular, poco femenino. Salí. Volvió a envolverme otra vez ese maldito humor de San Petersburgo, y todos mis sueños se abarquillaron y se retorcieron como hojas al calor del fuego. Sentía que estaba de nuevo solo, que entre nosotros no había confianza. Yo era para ella lo mismo que para esa palmera una telaraña, formada en sus hojas por casualidad y que el viento arrancaría y se llevaría. Fui a dar un paseo por los jardines, en cuyos senderos sonaba la música, y entré en el casino, donde vi mujeres elegantes y muy perfumadas, que me miraban como diciendo: «Estás solo, tanto mejor…». Luego salí a la terraza y pasé un buen rato contemplando el mar. Lejos, en el horizonte, no se divisaba ni una vela; a la izquierda, junto a la costa, en medio de una neblina de color lila, despuntaban montañas, huertos, torres, casas, todo iluminado por el sol, pero todo se me antojaba extraño, indiferente, una suerte de embrollo incomprensible.

XVII

Zinaída Fiódorovna seguía viniendo a mi habitación todas las mañanas para tomar el café, pero ya no almorzábamos juntos. Según decía, no tenía apetito, y se alimentaba sólo de café, té y diversas chucherías como naranjas y caramelos.

Tampoco conversábamos ya por la tarde. No sé lo que sucedió. Después de que la sorprendiera llorando, empezó a tratarme con cierta desconsideración; a veces se mostraba descortés y hasta irónica, y me llamaba, vaya usted a saber por qué, «señor mío». Lo que antes le parecía asombroso, sorprendente, heroico, suscitando en ella envidia y entusiasmo, ahora no le afectaba lo más mínimo; por lo general, después de escucharme, se desperezaba un poco y comentaba:

–Sí, sucedió en Poltava, señor mío, en Poltava[15].

A veces estábamos días enteros sin vernos. Yo llamaba con timidez y recelo a su puerta y no obtenía respuesta; volvía a llamar, y de nuevo silencio… Me quedaba junto a la puerta escuchando, y en eso pasaba una camarera que me anunciaba con frialdad: *Madame est partie*[16]. Luego recorría de un extremo al otro el pasillo del hotel… Me topaba con algunos ingleses, con damas de generoso pecho, con camareros vestidos de librea… Y, después de contemplar un buen rato la larga alfombra a rayas que recorría todo el pasillo, me daba cuenta de que, en la vida de esa mujer, yo desempeñaba un papel extraño y probablemente falso, y que no estaba en condiciones de cambiarlo; entonces corría a mi habitación, me tumbaba en la cama y me perdía en reflexiones, pero no lograba llegar a ninguna conclusión; lo único que tenía claro es que ansiaba vivir y que, cuanto más fea, seca y dura se volvía su cara, mayor era mi afecto y más intensa y dolorosamente sentía nuestra afinidad. Llámame «señor mío», emplea ese tono

despreocupado y despectivo, haz lo que se te antoje, pero no me abandones, tesoro mío. Ahora me da miedo estar solo.

Luego volvía a salir al pasillo y prestaba oídos, lleno de inquietud… No comía, no me daba cuenta de la llegada de la tarde. Por fin, pasadas ya las diez, oía unos pasos conocidos y en la esquina cercana a la escalera aparecía Zinaída Fiódorovna.

–¿Dando un paseíto? –me preguntaba, al pasar a mi lado–. Estaría mejor fuera… ¡Buenas noches!

–¿Es que no vamos a vernos más hoy?

–Me parece que es tarde. En cualquier caso, como usted quiera.

–Dígame, ¿dónde ha estado? –le preguntaba, entrando tras ella en la habitación.

–¿Dónde? En Montecarlo –y, sacando del bolsillo unas diez monedas de oro, añadía–: Pues sí, señor mío. Las he ganado a la ruleta.

–¿No habrá empezado usted a jugar?

–¿Y por qué no? Mañana voy otra vez.

Me la imaginaba con su cara fea y enfermiza, embarazada, con el corsé muy apretado, de pie ante la mesa de juego, en medio de una muchedumbre de *cocottes* y de viejas medio locas, que revoloteaban en torno al oro como moscas alrededor de la miel, y recordaba que, por alguna razón, se había ido a Montecarlo sin decirme nada…

–No la creo –le comenté una vez–. Usted no va allí.

–No se preocupe. No puedo perder mucho.

–No se trata de las pérdidas –repuse con enfado–. ¿Es que no se le ha ocurrido pensar, mientras está allí jugando, que el brillo del oro, todas esas mujeres, viejas y jóvenes, el crupier y el ambiente en su conjunto constituyen un vil y repugnante escarnio de las fatigas de la clase trabajadora, de los que sudan sangre?

–Y, si no juego, ¿qué quiere que haga? –preguntó–. En cuanto a las fatigas de la clase trabajadora y a los que sudan sangre, déjese esos discursos grandilocuentes para otra ocasión, y ahora, ya que ha empezado usted, permítame que siga con el tema y plantee la cuestión con toda claridad: ¿qué estoy haciendo aquí y qué voy a hacer en el futuro?

–¿Qué va a hacer? –exclamé yo–. A esa pregunta no se puede responder así de golpe.

–Le pido que me responda según le dicte su conciencia, Vladímir Ivánich –dijo ella, y su rostro se torció en un mohín de enfado–. Una vez que me he decidido ha plantearle esa cuestión, no quiero escuchar lugares comunes. Le estoy preguntando –prosiguió, dando palmadas en la mesa, como marcando el compás– qué debo hacer aquí. Y no sólo aquí, en Niza, sino en general –guardé silencio y me quedé mirando el mar por la ventana. Mi corazón latía desbocado–. Vladímir

Iványich –dijo en voz baja, con la respiración entrecortada; era evidente que le costaba trabajo hablar–. Vladímir Iványich, si ni siquiera usted cree en la causa, si ya no tiene intención de luchar por ella, ¿por qué… por qué me sacó usted de San Petersburgo? ¿Por qué me hizo promesas y despertó en mí locas esperanzas? Sus convicciones han cambiado, se ha convertido en otro hombre; nadie lo culpa: no siempre podemos controlar nuestras convicciones, pero… pero, Vladímir Iványich, por el amor de Dios, ¿por qué no es usted sincero? –prosiguió en voz baja, acercándose a mí–. A lo largo de todos estos meses, cuando yo soñaba en voz alta, deliraba, me entusiasmaba con sus planes, reconstruía mi vida sobre nuevas bases, ¿por qué no me dijo la verdad? ¿Por qué guardó silencio o me alentó con esos relatos suyos, comportándose como si estuviera plenamente de acuerdo conmigo? ¿Por qué? ¿Qué necesidad había?

–Cuesta mucho reconocer que uno ha fracasado –murmuré, dándome la vuelta, pero sin mirarla–. Sí, ya no tengo fe, estoy cansado, abatido… Es difícil ser sincero, muy difícil; por eso guardaba silencio. Quiera Dios que nadie tenga que pasar por lo que yo he pasado.

Tenía la impresión de que de un momento a otro me echaría a llorar, así que me callé.

–Vladímir Iványich –dijo y me cogió ambas manos–. Usted ha vivido y experimentado muchas cosas, y sabe más que yo. Piénselo y dígame qué debo hacer. Aconséjeme. Si ya no tiene usted fuerzas para seguir adelante y servir de guía a otros, indíqueme al menos adónde tengo que ir. Convenga conmigo en que soy una persona viva, capaz de sentir y razonar. Encontrarse en una posición falsa… desempeñar un papel absurdo… Todo eso me desagrada. No le hago reproches, no le echo la culpa, sólo le pido un consejo –trajeron el té–. ¿Y bien? –preguntó Zinaída Fiódorovna, tendiéndome un vaso–. ¿Qué me dice?

–Hay más luz que la que brilla en la ventana –respondí–. Viven en el mundo más personas que yo, Zinaída Fiódorovna.

–Pues muéstremelas –dijo con animación–. Es lo único que le pido.

–Y quiero decirle una cosa más –continué–. Hay muchos campos en los que puede servirse a una idea. Si uno se ha equivocado y ha perdido la fe en un ideal, puede buscar otro. El mundo de las ideas es vasto e inagotable.

–¡El mundo de las ideas! –exclamó y me miró a la cara con expresión burlona–. Será mejor que lo dejemos… No vale la pena… –se puso roja–. ¡El mundo de las ideas! –repitió y arrojó a un lado la servilleta; su rostro adquirió una expresión de indignación y desdén–. Todas sus maravillosas ideas, me doy perfecta cuenta, se reducen a un único paso inevitable e indispensable: debo convertirme en su amante. Eso es lo que se necesita. Estar al servicio de las ideas y no convertirse

en la amante del hombre más honrado e idealista que cabe imaginar significa no entender las ideas. Hay que empezar por ahí… es decir, primero debo convertirme en su amante y lo demás vendrá por sí solo.

–Está usted irritada, Zinaída Fiódorovna –dije.

–¡No, soy sincera! –gritó, respirando con dificultad–. ¡Soy sincera!

–Puede que sea sincera, pero se equivoca usted, y sus palabras me causan dolor

–¡Dice que me equivoco! –exclamó, echándose a reír–. Eso lo puede decir otra persona, pero no usted, señor mío. Quizá le parezca poco delicada e incluso cruel, pero me da igual: ¿me ama usted? ¿Me ama usted o no? –yo me encogí de hombros–. ¡Sí, encójase de hombros! –prosiguió con su tono burlón–. Cuando estaba usted enfermo, lo oí delirar; por no hablar de esas miradas llenas de adoración, de los suspiros, de los discursos bienintencionados sobre la intimidad y la afinidad espiritual… Pero lo principal es esto: ¿por qué hasta ahora no ha sido sincero? ¿Por qué me ha ocultado lo que es y me ha hablado de lo que no es? Si desde un principio me hubiese aclarado cuáles eran las ideas que lo impulsaban a sacarme de San Petersburgo, habría estado al corriente de todo. En ese caso me habría envenenado, como era mi intención, y nos habríamos ahorrado esta tediosa comedia… ¡En fin, para qué hablar! –hizo un gesto de desaliento con la mano y se sentó.

–Me habla usted como si sospechara que tengo intenciones deshonestas –me ofendí.

–Dejémoslo. ¿Para qué seguir? No le estoy recriminando sus intenciones, lo que le estoy diciendo es que no albergaba usted intenciones de ningún tipo. Si las hubiera tenido, me habría dado cuenta. Aparte de las ideas y del amor, no tenía usted nada. Primero las ideas y el amor, y en perspectiva, la posibilidad de que me convierta en su amante. Tal es el orden de las cosas, tanto en la vida como en las novelas… Usted censuraba a Orlov –añadió, dando una palmada en la mesa–, pero a la larga debemos estar de acuerdo con él. Tiene sus razones para despreciar todas esas ideas.

–No las desprecia, las teme –grité–. Es un cobarde y un embustero.

–De acuerdo. Es un cobarde, un embustero y me ha engañado, pero ¿y usted? Perdone mi sinceridad, pero ¿qué es usted? Él me engañó y me abandonó a mi suerte en San Petersburgo, mientras usted me ha engañado y me ha abandonado aquí. Al menos él no vestía su engaño con el ropaje de las ideas, mientras que usted…

–Por el amor de Dios, ¿por qué dice esas cosas? –grité horrorizado, retorciéndome las manos y acercándome con presteza a ella–. No, Zinaída Fiódorovna, no, eso es cinismo, no debe caer uno en tales extremos de desesperación. Escúcheme –añadí, agarrándome a un pensamiento que de pronto se insinuó en mi cabeza y que, me pareció,

aún podía salvarnos a ambos–. Haga el favor de escucharme. He conocido muchas desgracias en mi vida, tantas que, al recordarlas, la cabeza me da vueltas; pero ahora mi cerebro y mi alma atormentada han comprendido de una vez por todas que el sentido de la vida humana, si es que tiene alguno, consiste únicamente en el amor desinteresado al prójimo. ¡Ésa es la dirección que debemos tomar, ése es nuestro objetivo! ¡Ésa es mi fe! –tenía intención de seguir hablando de la misericordia y del perdón incondicional, pero de pronto el tono de mi voz dejó de parecerme sincero, y me turbé–. ¡Quiero vivir! –exclamé con franqueza–. ¡Vivir, vivir! Ansío la paz, el silencio, el calor, este mar, su compañía. ¡Ah, cómo me gustaría inculcarle esta apasionada sed de vida! Acaba usted de referirse al amor, pero a mí me bastaría con estar cerca de usted, con oír su voz, con contemplar la expresión de su rostro…

Ella se ruborizó y se puso a hablar muy deprisa, para impedirme continuar.

–Usted ama la vida y yo la odio. Así que debemos seguir caminos distintos –se sirvió té, pero no lo probó; se retiró a su dormitorio y se tumbó en la cama–. Creo que será mejor que interrumpamos esta conversación –me dijo desde allí–. Todo ha terminado para mí y no necesito nada… ¡Para qué seguir hablando!

–¡No, todo no ha terminado!

–¡Dejémoslo!… Como si no lo supiera. Ya estoy harta… Basta.

Me quedé un rato más, paseando de un extremo al otro de la habitación, y luego salí al pasillo. Más tarde, ya avanzada la noche, cuando me acerqué a su puerta y presté atención, oí su llanto con toda claridad.

A la mañana siguiente, el camarero, mientras me tendía el traje, me informó con una sonrisa de que la señora de la habitación número trece estaba dando a luz. Me vestí de cualquier manera y, muerto de miedo, fui corriendo a la habitación de Zinaída Fiódorovna. Encontré allí al médico, a la comadrona y a una señora ya mayor natural de Járkov, que se llamaba Daria Mijáilovna. Olía a gotas de éter. Nada más traspasar el umbral, me llegó desde la habitación en que yacía ella un gemido apagado y quejumbroso; era como si el viento lo hubiera traído de Rusia. Y entonces me acordé de Orlov, de su ironía, de Polia, del Nevá, de los copos de nieve, del carruaje sin manta, de la profecía que había entrevisto en el frío cielo matinal, de aquel grito desesperado: «¡Nina! ¡Nina!».

–Pase a verla –me dijo la señora.

Entré en el dormitorio de Zinaída Fiódorovna con la extraña sensación de ser el padre de la criatura. La encontré tendida, con los ojos cerrados, delgada, pálida, con una cofia blanca de encaje. Recuerdo que había dos expresiones en su rostro: una indiferente, fría,

apática; otra infantil e impotente, causada por la cofia blanca. No me oyó entrar, o tal vez sí, pero no me prestó atención. Me quedé junto al lecho, mirándola y esperando.

Pero de pronto su rostro se contrajo de dolor, abrió los ojos y se quedó mirando el techo, como tratando de comprender lo que le estaba sucediendo… En su cara se dibujó una expresión de repugnancia.

–¡Qué asco! –susurró.

–Zinaída Fiódorovna –la llame en voz muy baja.

Ella me miró con indiferencia y desgana y a continuación cerró los ojos. Aguardé un momento y salí.

Por la noche, Daria Mijáilovna me comunicó que Zinaída Fiódorovna había dado a luz una niña, pero que la parturienta se hallaba en grave peligro; luego se oyeron carreras y voces en el pasillo. Daria Mijáilovna apareció de nuevo en mi cuarto y, con cara de desesperación, retorciéndose las manos, me dijo:

–¡Ah, es terrible! ¡El médico sospecha que Zinaída Fiódorovna ha tomado un veneno! ¡Ah, qué mal se comportan aquí los rusos!

Al día siguiente, a mediodía, Zinaída Fiódorovna expiró.

XVIII

Transcurrieron dos años. Las circunstancias cambiaron y yo volví a San Petersburgo, donde ahora podía vivir sin esconderme. Ya no tenía miedo de ser y parecer sensible, y me entregaba por entero al sentimiento paternal o, mejor dicho, idolátrico, que despertaba en mí Sonia, la hija de Zinaída Fiódorovna. Yo mismo le daba de comer, la bañaba, la acostaba, no le quitaba ojo durante noches enteras y gritaba cuando me parecía que se le iba a caer a la niñera. A medida que pasaba el tiempo, mi ansia de una vida normal y corriente se fue reforzando e intensificando, mientras mis grandes ilusiones se concentraron en Sonia, como si por fin hubiera encontrado lo que necesitaba. Quería con locura a esa niña. Veía en ella la prolongación de mi propia vida, y no era una simple figuración, sino que estaba casi convencido y seguro de que, cuando me despojara de una vez de ese cuerpo desgarbado, huesudo y barbudo, seguiría viviendo en esos ojos azules, en esos cabellos rubios y sedosos, en esas manitas regordetas y rosadas que con tanto cariño me acariciaban la cara y me rodeaban el cuello.

El futuro de Sonia me preocupaba. Su padre era Orlov, pero en el certificado de nacimiento figuraba el apellido Krasnóvskaia; además, la única persona que sabía de su existencia y se interesaba por ella, es decir, yo, estaba con un pie en la tumba. Había que ocuparse seriamente de la cuestión.

Al día siguiente de mi llegada a San Petersburgo fui a ver a Orlov. Me abrió un anciano gordo, con patillas pelirrojas y sin bigote, por lo visto alemán. Polia, que estaba arreglando la sala, no me reconoció; en cambio, Orlov se dio cuenta al momento de quién era.

–¡Ah, señor conspirador! –dijo, mirándome con curiosidad y

sonriendo–. ¿Qué le trae por aquí?

No había cambiado nada: el mismo rostro cuidado y desagradable, la misma ironía. Y sobre la mesa, como antaño, había un libro nuevo con una plegadera de marfil entre las páginas. Por lo visto, estaba leyendo en el momento de mi llegada. Me pidió que tomara asiento, me ofreció un cigarro y, con esa delicadeza propia de las personas bien educadas, ocultando la impresión desagradable que le había causado mi cara y mi escuálida figura, señaló como de pasada que no había cambiado nada y que era fácil reconocerme, a pesar de que me había dejado crecer la barba. Hablamos del tiempo y de París. Tratando de liberarse cuanto antes de la desagradable e inevitable cuestión que tanto a él como a mí nos agobiaba, me preguntó:

–¿Ha muerto Zinaída Fiódorovna?

–Sí –respondí.

–¿De parto?

–Así es. El médico sospechaba que la causa había sido otra, pero… tanto a usted como a mí nos conviene pensar que murió de parto.

Emitió un suspiro por cortesía y guardó silencio. Se produjo una pausa.

–Ya veo. En cambio, aquí todo sigue igual, no ha habido cambios significativos –dijo con animación, cuando advirtió que había echado un vistazo al despacho–. Mi padre, como sin duda sabrá usted, se ha jubilado y lleva una vida de lo más tranquila; en cuanto a mí, sigo ocupando el mismo cargo. ¿Se acuerda de Pekarski? Pues no ha cambiado nada. Gruzin murió de difteria el año pasado… Kukushkin está vivo y a menudo se acuerda de usted. A propósito –prosiguió Orlov, bajando tímidamente los ojos–, cuando Kukushkin se enteró de quién era usted, empezó a contar por todas partes que le había atacado y había intentado matarlo… Dice que se salvó por los pelos –yo guardaba silencio–. Los viejos criados no olvidan a sus señores… Es un detalle por su parte –bromeó Orlov–. Pero ¿no quiere tomar un vaso de vino o un café? Mandaré que lo preparen.

–No, gracias. He venido a verlo por un asunto muy importante, Gueorgui Iványich.

–No me gustan mucho los asuntos importantes, pero me alegro de poder hacer algo por usted. ¿De qué se trata?

–Pues verá –empecé yo, bastante nervioso–. La hija de la difunta Zinaída Fiódorovna se encuentra aquí conmigo… Hasta ahora me he ocupado de su educación, pero, como ve, cualquier día de estos pasaré a mejor vida. Me gustaría morir sabiendo que su futuro está asegurado.

Orlov enrojeció levemente, frunció el ceño y me dirigió una mirada severa y fugaz. Le había causado una impresión desagradable no sólo el «asunto importante», sino también la alusión a mi próximo fin, a mi

muerte.

–Sí, habrá que pensar en algo –dijo, protegiéndose los ojos, como si le molestase el sol–. Se lo agradezco. ¿Dice usted que es una niña?

–Sí, una niña. ¡Una niña maravillosa!

–Ya. Desde luego no se trata de un perrito faldero, sino de un ser humano… No cabe duda de que hay que tomárselo muy en serio. Estoy dispuesto a participar y… le estoy muy agradecido –se puso en pie, se paseó por la habitación, mordiéndose las uñas, y se detuvo delante de un cuadro–. Hay que pensar en algo –dijo con voz sorda, dándome la espalda–. Hoy mismo pasaré por casa de Pekarski y le pediré que vaya a ver a Krasnovski. Creo que Krasnovski no se hará de rogar y aceptará quedarse con la niña.

–Perdone, pero no entiendo qué tiene que ver Krasnovski en todo esto –dije yo, poniéndome también en pie y acercándome a un cuadro que había en el otro extremo del despacho.

–¡Pero llevará el apellido de Krasnovski, espero! –exclamó Orlov.

–Sí, puede que la ley lo obligue a quedarse con la niña, no lo sé, pero yo no he venido a verlo para hablar de leyes, Gueorgui Iványich.

–Sí, sí, tiene usted razón –convino de buena gana–. Creo que estoy diciendo tonterías. Pero no se preocupe. Encontraremos una solución satisfactoria para ambos. Si no ésta, aquélla, y si no, una tercera; pero de un modo u otro resolveremos esa delicada cuestión. Pekarski lo arreglará todo. Tenga la bondad de dejarme su dirección y yo le informaré lo antes posible de la decisión que adoptemos. ¿Dónde vive usted? –Orlov anotó mi dirección, suspiró y añadió con una sonrisa–: ¡Qué responsabilidad, Señor, ser padre de una niña de corta edad![17] Pero Pekarski lo arreglará todo. Es un hombre muy «tinteligente»[18]. ¿Se quedó usted mucho tiempo en París?

–Un par de meses.

Se produjo un silencio. Era evidente que Orlov tenía miedo de que yo volviese a abordar la cuestión de la niña, así que, para distraer mi atención, me dijo:

–Seguramente se habrá olvidado usted de su carta. Pero la he conservado. Comprendo el estado de ánimo que tenía en aquella época y le confieso que respeto sus razones. «Sangre fría y maldita», «asiático», «risa caballuna», son expresiones afables y pintorescas –prosiguió con una sonrisa irónica–. Y la idea de fondo puede que se acerque a la verdad, aunque sobre ese particular podríamos discutir hasta el fin de los tiempos. Es decir –vaciló–, no discutir la idea en sí misma, sino su manera de encarar la cuestión, su temperamento, por decirlo de algún modo. Sí, llevo una vida anormal y depravada que a nadie aprovecha, y mi cobardía me impide iniciar una vida nueva: en eso tiene usted razón. Pero es irracional que se lo tome usted tan a pecho, que se altere y se desespere de ese modo: en ese punto se

equivoca usted.

–Un ser humano no puede dejar de alterarse y desesperarse cuando ve que tanto él como quienes lo rodean se están hundiendo en el abismo.

–¡Sin duda! No estoy predicando la indiferencia, lo único que pido es una actitud objetiva ante la vida. A mayor objetividad, menos riesgo de caer en el error. Hay que examinar las raíces de las cosas y buscar en cada fenómeno la causa de todas las causas. Nos hemos vuelto débiles, nos hemos desanimado y al final hemos caído. Nuestra generación se compone exclusivamente de neurasténicos y llorones, sólo sabemos hablar de cansancio y de fatiga, pero ni usted ni yo tenemos la culpa: somos demasiado insignificantes para que el destino de toda una generación pueda depender de nuestro arbitrio. Por tanto, debemos suponer que hay causas más importantes y generales, que tienen una sólida *raison d'être* desde un punto de vista biológico. Somos unos neurasténicos, unos seres amargados, unos apóstatas, pero tal vez eso sea útil y necesario para las generaciones venideras. Ni un solo cabello cae de la cabeza si no es por voluntad del Padre celestial; en otras palabras, nada sucede por casualidad ni en la naturaleza ni en la sociedad humana. Todo es fundamental e indispensable. Y, si eso es así, ¿por qué debemos preocuparnos tanto y escribir cartas desesperadas?

–Es verdad –respondí, después de pensarlo un momento–. Creo que para las generaciones venideras la vida será más fácil y comprensible; podrán aprovecharse de nuestra experiencia. Pero uno quiere vivir para sí mismo, no sólo para las generaciones futuras. La vida sólo se concede una vez, y todos desean una vida interesante, sensata, bella. Todos quieren desempeñar un papel importante, independiente, noble, hacer historia, para que esas mismas generaciones no tengan derecho a decir de cada uno de nosotros: «Ése fue una nulidad», o algo incluso peor… Creo tanto en la oportunidad como en la necesidad de lo que sucede a nuestro alrededor, pero ¿qué me importa a mí esa necesidad? ¿Por qué tengo que sacrificarle mi «yo»?

–¡Bueno, qué le vamos a hacer! –suspiró Orlov, levantándose y dándome a entender que nuestra conversación había terminado. Yo cogí mi gorro–. En sólo media hora de charla, hay qué ver la de cosas que hemos resuelto –dijo Orlov, acompañándome al vestíbulo–. Me ocuparé de ese asunto… Hoy mismo iré a ver a Pekarski. Puede estar seguro.

Esperó a que me pusiera el abrigo, muy satisfecho, sin duda, de mi inminente marcha.

–Gueorgui Iványich, devuélvame mi carta –dije.

–Como quiera.

Fue a su despacho y, al cabo de un minuto, regresó con la carta. Yo

le di las gracias y salí.

Al día siguiente recibí una nota suya. Me felicitaba por la feliz solución del asunto. Pekarski conocía a una señora, escribía, que dirigía un internado, una especie de jardín de infancia, donde admitían incluso a niños muy pequeños. La señora era de toda confianza, pero en cualquier caso, antes de entrar en tratos con ella, sería conveniente discutir la cuestión con Krasnovski, aunque sólo fuera para cumplir con las formalidades de rigor. Me aconsejaba que acudiera cuanto antes a casa de Pekarski, llevando la partida de nacimiento, si es que existía. «Reiterando mi más sincera estima y respeto, se despide de usted su humilde servidor…»

Mientras leía esa carta, Sonia estaba sentada a la mesa y me miraba con atención, sin pestañear, como si entendiera que se estaba decidiendo su suerte.

1. Editorial fundada por Lev Tolstói en 1884, que publicaba, en ediciones baratas, obras de corte popular, relatos moralizantes y libros de agricultura.

2. Quinta clase de la tabla de rangos.

3. Seudónimo con el que Alekséi K. Tolstói (1817-1875) y Aleksandr Zhemchúznikov (1821-1908), con algunas contribuciones de los hermanos de este último, firmaban sus obras satíricas.

4. Verso de la obra de Pushkin *Yevgueni Onieguin*, musicado por Chaikovski en la ópera del mismo nombre.

5. En la Academia Francesa, cuando muere uno de sus miembros, es reemplazado al punto por otro. Por esa razón se la conoce con el nombre irónico de «academia de los inmortales».

6. Dos restaurantes lujosos y exclusivos del San Petersburgo de la época.

7. Referencia al relato de Turguénev *Tres encuentros* (1852). El verso *Vieni pensando a me secretamente* forma parte de una canción italiana que Turguénev utiliza como epígrafe de la obra.

8. Orlov se refiere al búlgaro Insárov, protagonista de la novela de Turguénev En vísperas (1860).

9. Réplica pronunciada por Molchalin en la obra de Aleksandr Griboiédov *La desgracia de ser inteligente* (1825).

10. Referencia a una de las hazañas de Sansón (Jueces, 16, 3).

11. Se trata del viejo Ijménev, protagonista de la novela *Humillados y ofendidos* (1861) de Fiódor Dostoievski.

12. Melodrama de los autores franceses Edouard Brisebarre y Eugène Nus que se representó en Taganrog, ciudad natal de Chéjov, en la década de 1870.

13. Joyas.

14. Marino Faliero (h. 1274-1355), dux de Venecia que encabezó una revuelta contra la nobleza, por lo que fue ejecutado.

15. Primer verso de una poesía de Iván E. Molchánov (1809-1881), muy difundida en forma de canción.

16. La señora ha salido.

17. Orlov cita de manera casi literal una réplica de la obra de Aleksandr Griboiédov *La desgracia de ser inteligente* (1825).

18. Orlov imita el modo de hablar de Pekarski.

ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV nació en Taganrog, a orillas del mar de Azov, en el sur de Rusia, en 1860. Hijo de un modesto comerciante, antiguo siervo que había conseguido comprar su libertad, así como la de su mujer y sus hijos, hizo sus primeros estudios en su ciudad natal. En 1879 ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Moscú. Desde el primer curso empezó a publicar «cuadros humorísticos» en revistas, con los que conseguía mantener a toda su familia (su padre, endeudado, su madre y sus hermanos habían tenido que trasladarse con él a Moscú), y pocos años después ya era un escritor profesional reconocido. 1888 fue un año clave en su carrera: publicó su novela corta *La estepa* (ALBA CLÁSICA núm. LIII, junto con *En el barranco*), escribió su primera obra teatral, *Ivanov*, y recibió el premio Pushkin. En 1890 viajó a la isla de Sajalín, «con la intención de escribir un libro sobre nuestra colonia penal», que aparecería al año siguiente con el título de *La isla de Sajalín* (ALBA CLÁSICA MAIOR núm. XXVI). En 1896 estrenó *La gaviota*, su primer gran éxito en la escena, al que siguieron *El tío Vania* (1899), *Tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904). Maestro del relato corto, algunas de sus obras más importantes se encuentran en ese género, en el que ha ejercido una influencia que aún hoy sigue vigente. Una extensa antología de sus *Cuentos* puede encontrarse en esta editorial (ALBA CLÁSICA MAIOR núm. XXI), así como dos selecciones de textos teóricos a cargo de Piero Brunello, *Sin trama y sin final: 99 consejos para escritores* (ALBA CLÁSICA núm. LXXVI) y *Unos buenos zapatos y un cuaderno de apuntes: Cómo hacer un reportaje* (ALBA CLÁSICA núm. LXXVII). Chéjov murió en Badenweiller en 1904.

Título original: *Rasskaz neizvestnogo cheloveka*

© de la traducción, introducción y notas: Víctor Gallego Ballestero

Edición en formato digital: diciembre de 2014

© de esta edición:
Alba Editorial, S.L.U.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona

Diseño de la cubierta: Alba Editorial, S.L.U.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9065-097-4

Depósito legal: B-27.122-14

Conversión a formato digital: Abogal

www.albaeditorial.es

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 ha emprendido una labor de recuperación de literatura clásica (Alba Clásica y Maior), así como de ensayo histórico, literario y memorísticos (Colección Trayectos). Asimismo, merece una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y la colección Fuera de Campo conocida por la publicación de textos de formación cinematográfica y literaria en todos sus ámbitos. También destacan sus originales y vistosos libros de cocina, así como sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial, 2010. En 2012 ha incorporado a su catálogo dos nuevas colecciones, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros de los siglos XIX y XX).

Consulta www.albaeditorial.es

Alba Editorial, s.l.u.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona

T. 93 415 29 29
F. 93 415 74 93

info@albaeditorial.es